

BOLSILIBROS BRUGUERA



soy un agente, sí, pero... ¡de seguros!

Joseph berna



Burke Stone, un joven alto, espiado, de pelo rubio, ojos azules, nariz recta y mentón ligeramente afilado, estacionó su coche, un «Ford» marrón, a la entrada de la calle Hilton.

Burke, que contaba veintisiete años de edad, y vestía pantalones azules y una impecable americana color crema, atrapó el maletín negro, de piel, que descansaba a su lado, sobre el asiento, y descendió del vehículo.

Cerró la portezuela, empujándola suavemente, y subió a la acera.

Tras observar durante unos segundos la primera de las casas que se alzaban en el lado derecho de la ancha calle, todas de madera, con césped y jardín, echó a andar resueltamente hacia ella.



Joseph Berna

Soy un agente, sí, pero... ¡de seguros!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1373

ePub r1.0

Lds 16.10.18

Título original: *Soy un agente, sí, pero... ¿de seguros!*

Joseph Berna, 1976

Cubierta: Joseph Berna

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Burke Stone, un joven alto, espigado, de pelo rubio, ojos azules, nariz recta y mentón ligeramente afilado, estacionó su coche, un «Ford» marrón, a la entrada de la calle Hilton.

Burke, que contaba veintisiete años de edad, y vestía pantalones azules y una impecable americana color crema, atrapó el maletín negro, de piel, que descansaba a su lado, sobre el asiento, y descendió del vehículo.

Cerró la portezuela, empujándola suavemente, y subió a la acera.

Tras observar durante unos segundos la primera de las casas que se alzaban en el lado derecho de la ancha calle, todas de madera, con césped y jardín, echó a andar resueltamente hacia ella.

Empujó la puerta de la cerca, toda ella cuidadosamente pintada de blanco, y avanzó hacia los cuatro escalones por los que se accedía a la puerta de la casa, cuyo timbre pulsó.

Medio minuto después, la puerta se abría, dejando ver a una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgada, de mediana estatura, cuya cabeza estaba repleta de rulos, enganchados al pelo —negro, no demasiado abundante, y humedecido— con pinzas.

La mujer, ya de por sí poco agraciada en cuanto a las facciones del rostro se refiere, estaba horrible con aquel montón de rulos.

«¡Qué esperpento, madre!», exclamó para sus adentros Burke, quien, no obstante, exhibía la más amable de las sonrisas.

—Buenos días, señora —saludó, con una cortés inclinación de cabeza.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó la mujer, más bien ásperamente.

—Permítame que me presente, señora. Me llamo Burke Stone, y

vengo a hablarle de La Previsora de Pennsylvania.

El esperpento frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Una compañía de seguros. La mejor de toda Filadelfia.

—No me interesa suscribir ninguna póliza.

—Señora, no diga eso sin antes conocer las múltiples ventajas que todas y cada una de las distintas pólizas de seguros de La Previsora de Pennsylvania ofrecen al suscriptor. Y todo ello, a cambio de una módica cantidad mensual, prácticamente una pequeñez...

—Le repito que no me interesa.

Burke carraspeó ligeramente.

—¿Podría hablar con su esposo, señora? Tal vez él... —No tengo esposo.

—¡Oh!, es usted soltera —exclamó Burke, al tiempo que pensaba: «Claro. ¿Quién iba a casarse con una cosa así?».

—Soy viuda —aclaró la mujer. «Caramba, pues sí hubo alguien que cargó con ella», se dijo Burke, sorprendido.

—Lo siento, señora. ¿Hace mucho qué...? —Cinco años.

—¿Puedo preguntarle de qué...?

—Lo atropello un camión de mudanzas.

—¿Qué...?

—Mi marido era corto de vista. —Ahora me lo explico...— murmuró Burke, fijándose una vez más en la fea cara de la mujer.

—¿El qué se explica? Burke tosió.

—Que lo atropellase un camión de mudanzas —respondió, para disimular—. Con lo grandes que son...

—Adiós, señor Stone —dijo la mujer, e hizo ademán de cerrar la puerta.

—Espere un momento, señora —rogó Burke.

—No puedo perder más tiempo con usted, señor Stone. Estoy limpiando la casa y...

—Sólo la retendré unos segundos más, lo justo para recordarle que, siendo usted viuda, la necesidad de contar con la protección de un buen seguro es aún mayor, pues...

—Lárguese, señor Stone —ordenó el esperpento, agriamente.

—Señora... —quiso insistir, no obstante, Burke, como todo buen agente de seguros.

—¿Se va por las buenas o llamo a «Bongo»? —amenazó la mujer. Burke respingó.

—¿Quién es «Bongo», algún criado negro? —«Bongo» es mi perro—. ¿Es... grandote?

—Muy grandote. Y muy fiero, también. La semana pasada le mordió las nalgas a un vendedor que se puso tan pesado como usted.

Burke, al oír aquello, decidió largarse de allí inmediatamente, antes de que apareciese «Bongo» y le destrozase las posaderas.

Cuando iba a despedirse del esperpento, vio asomar, por entre las piernas de la mujer, a un perrito no más grande que un gato mediano, con una cara de bonachón que inspiraba toda la confianza del mundo.

Burke Stone no pudo contenerse y rompió a reír.

—¡Qué bueno, señora! —exclamó.

—¿De qué se ríe usted? —Gruñó la mujer.

—¡De «Bongo», naturalmente! Dijo usted que era un perro muy grandote y muy fiero, y resulta que es un perro de bolsillo. ¡Pero si parece un conejillo de Indias!

—Éste no es «Bongo».

Burke dejó de reír instantáneamente.

—¿Ah, no?

—Es «Bonguito», el hijo de «Bongo».

—Ya... —murmuró Burke.

—Ahora conocerá a «Bongo», señor Stone.

—¡Oh!, no se moleste, no tengo ningún interés en conocerlo —exclamó Burke, respingando—. ¡Que usted siga bien, señora!

Burke Stone descendió rápidamente los cuatro escalones y corrió hacia la puerta de la cerca.

—¡Guau! ¡Guau!

Burke se quedó clavado, con un pie en el aire, porque aquello que acababa de oír no parecían ladridos de perro, sino más bien rugidos de tigre rabioso.

Giró la cabeza.

Vio a «Bongo».

Se estremeció desde el cabello hasta las uñas de los pies.

¡Aquel animal no era un perro! ¡Era un caballo con cara de perro! Mantenía los labios separados, mostrando los colmillos.

¡Y qué colmillos! Largos. Afilados. Destellantes.

¡Como para reírse de los de un caimán!

Afortunadamente, a su cuello se ceñía un collar.

Y al collar, se aferraban los dedos del esperpento, impidiendo así que el perrazo se lanzara en pos del agente de seguros y se ensañara con su trasero.

Sin embargo, al ver que Burke Stone se había detenido, la mujer soltó el collar del enorme can y dijo:

—¡Desayúnate con una generosa ración de nalgas, «Bongo»!
¡Como el otro día!

—¡Guau! ¡Guau! —Ladró el perrazo, saliendo en busca del trasero del agente de La Previsora de Pennsylvania.

Burke pegó un brinco y echó a correr como un loco hacia la cerca de madera, la cual saltó limpiamente, sin necesidad de apoyarse en ella con las manos.

Con una fiera como «Bongo» pisándole los talones, Burke Stone hubiera saltado hasta la Muralla China, sin necesidad de pértiga.

Alcanzó su coche, abrió rápidamente la portezuela y se introdujo en él.

«Bongo», que no había saltado la cerca, siguió ladrándole desde allí.

Burke accionó la llave de contacto y el «Ford» salió disparado.

Un centenar de metros más allá, lo estacionaba de nuevo junto a la acera.

Dio un hondo suspiro y rezongó:

—Diablos con «Bongo»... Si me descuido un poco, me deja como para no poder sentarme en un mes... Bien, a ver si ahora tienes más suerte, Burke —se dijo, atrapando nuevamente el maletín y saliendo del coche.

Subió a la acera y empujó la puerta de la cerca de la casa ante la cual había detenido el «Ford».

Segundos después, apretaba el botón del timbre con la yema del índice diestro.

—Como me salga otro esperpento, echo a correr sin decirle ni buenos días —murmuró.

Tuvo que esperar algo más de un minuto.

Después, la puerta se abrió.

Apareció una mujer.

Burke la observó.

De esperpento, nada.

Era alta, rubia, atractiva, con muchas curvas, y no más de veinticinco años. Se cubría con una bata, cruzada un tanto descuidadamente.

—Hola... —Elijo, sonriendo.

Burke, cuyos ojos se habían detenido por un momento en los muchos centímetros de busto que no cubría la bata, elevó ligeramente la mirada y preguntó:

—¿Tiene usted perro, señora?

—¿Cómo? —Pestañeó la rubia.

—Que si tiene usted perro.

—No...

—Menos mal.

—¿Por qué lo pregunta?

—Tengo alergia a los perros, ¿sabe? Caso de haber tenido usted alguno en casa, hubiera tenido que irme sin hablarle de La Previsora de Pennsylvania.

—¿Alguna funeraria?

—¡Oh!, no, señora. La Previsora de Pennsylvania es una compañía de seguros. La más importante de toda Filadelfia.

—¿Es usted agente de seguros?

—Sí, señora —sonrió Burke.

—Qué interesante...

—¿De veras le parece una profesión interesante?

—Sí, mucho.

—Burke Stone es mi nombre.

—El mío, Samantha Adler.

—Encantado, señora Adler —dijo Burke, inclinando ligeramente la cabeza.

Desde el primer momento, se había dado cuenta de que la rubia lucía una alianza en el dedo anular de la mano izquierda, por eso la llamaba señora.

—Pase, señor Stone —invitó ella, haciéndose a un lado.

—Gracias, muy amable. Burke entró en la casa.

—Por favor, hable en tono bajo —rogó la rubia, mientras cerraba la puerta.

—¿Hay alguien durmiendo?

—Mi marido. Trabaja de noche, y se acostó hace apenas un par de horas.

—Oh, entiendo.

—Pasemos al *living*.

Burke se dejó conducir por Samantha Adler.

Ya en el *living*, ella se dejó caer en el diván y puso una pierna sobre la otra.

Burke se las miró las dos, porque ambas quedaron visibles en buena parte.

Con dos extremidades inferiores tan perfectas como aquéllas, se podía aspirar a ganar el concurso Las Mejores Piernas de Pennsylvania, que se celebraba anualmente en Filadelfia.

—Siéntese, señor Stone —indicó la rubia.

—Gracias, señora Adler —sonrió Burke, sentándose también en el diván.

—Cuando llamó usted, acababa de salir del baño —explicó la escultura—. Por esa razón no estoy vestida.

—Yo no tengo ninguna prisa, señora Adler. Vaya a vestirse, si quiere, y luego le hablaré de...

Samantha Adler sonrió maliciosamente.

—¿Le importa a usted que vaya en bata, señor Stone?

—¡Oh, no!, en absoluto. Yo lo decía por usted... —A mí tampoco me importa.

Burke carraspeó levemente, se puso el maletín sobre las rodillas, y lo abrió.

—Bien, señora Adler, voy a hablarle de las múltiples ventajas que...

—Cierre ese maletín, Burke.

—¿Cómo?

—Que cierre el maletín —repitió la rubia. Burke, con gesto de extrañeza, dijo—: Señora Adler, si cierro el maletín, no podré mostrarle...

—No es necesario que me muestre nada, Burke. Mi marido suscribió, hace algún tiempo ya, una póliza de seguros que lo cubre todo.

—¿De veras...?

—De veras.

Hubo un silencio.

—Señora Adler.

—Llámeme Samantha.

—Samantha...

—¿Qué?

—Si su marido ya tenía suscrita una póliza de seguros tan importante, ¿por qué me invitó a entrar?

—Porque es usted un joven muy apuesto, Burke.

—Y usted una mujer casada, Samantha —recordó él, adivinando lo que pretendía la rubia.

—¿Y qué?

—¿Es necesario que se lo diga?

Ella, que no había dejado de sonreír en ningún momento de modo incitante, le rodeo el cuello con los brazos y pidió:

—Bésame, Burke.

—No, gracias.

—¿Es que no me encuentras atractiva?

—Oh, sí, mucho. —¿Entonces...?

—Podría aparecer su marido y se armaría una buena.

—Ya te he dicho que está durmiendo.

—Pero puede despertarse, ¿no?

—Mi marido está en el primer sueño, no se despertaría ni aunque se derrumbase la casa.

—No, ¿eh? Entonces, ¿por qué me pidió usted que hablase en tono bajo?

—Pura precaución.

—Lo siento, Samantha, pero prefiero no arriesgarme.

—No seas cobarde, Burke.

—No soy cobarde.

—Me gustas...

—Y usted a mí, pero...

—Bésame, vamos...

—Otro día —dijo Burke, y trató de soltarse de los brazos de la ardiente rubia.

Ella le aproximó rápidamente los labios y le besó. Muy expertamente, además.

Burke, que no era la piedra, acabó olvidándose de que Samantha Adler era una mujer casada y pasó a devolverle el beso con el mismo fervor que ella ponía en la caricia, estrechándola al mismo

tiempo entre sus brazos.

Unos segundos después, una voz que se parecía bastante a la de «Bongo», el perrazo del esperpento de los rulos en la cabeza, ladró:

—¡Samantha!

Burke y la rubia se separaron al instante y volvieron la cabeza hacia la puerta del *living*.

—¡Timoty! —exclamó ella, empalideciendo ante la inesperada aparición de su marido.

CAPÍTULO II

Burke Stone quiso brincar del diván, pero ni uno solo de los músculos de su cuerpo funcionó. Estaba como paralizado.

Observando con los ojos dilatados al hombre que cubría la entrada del *living*. ¿Hombre...? ¡No!

¡Aquello no era un hombre!

¡Era un elefante con cara de hombre!

Más de dos metros de estatura.

Alrededor de ciento veinte kilos de peso.

Brazos gruesos como piernas.

Pecho de ballena, repleto de poderosos músculos y recubierto de una alfombra de vello negro.

«¡Socorro...!», le entraron ganas de gritar a Burke.

No lo hizo, claro.

El mastodonte, que se cubría sólo con los pantalones del pijama, verdes, con rayas, e iba descalzo, mostrando unos pies de los más aptos para pisar uva, pues se pasaban tanto de largos como de anchos, abrió su boca de cocodrilo, se tragó todo el aire que había en la estancia —lo cual hizo que su caja torácica alcanzase un perímetro increíble— y rugió:

—¡Te voy a convertir en mayonesa, rubio!

Lo de la «mayonesa» acabó con la momentánea parálisis de Burke Stone.

Se puso en pie de un salto, y nerviosamente, exclamó:

—¡Un momento, «Moby Dick», digo señor Adler! Si piensa usted que su esposa y yo nos estábamos besando, se equivoca.

—¡Oh, claro que no os estabais besando! —dijo la apisonadora humana, en tono sarcástico—. ¡Estabais jugando al parchís, y le tocaba tirar a Samantha!

La rubia, que se había apresurado a cruzarse debidamente la bata, se puso también en pie y balbució:

—Yo... yo te explicaré lo sucedido, Timothy...

—¡No hay nada que explicar, Samantha! —bramó la excavadora—. ¡Ese tipo, al que voy a tener el gusto de deshuesar con mis propias manos, te estaba soltando un beso que ni Marceño Mastroianni le da a Sofía Loren en *Los Girasoles*, cuando están ambos tendidos entre las barcas! ¡Y tú se lo devolvías con el mismo ardor!

—¡Te equivocas, Timothy!

—¡No estoy miope, Samantha!

—¡Para miope, el marido de una señora muy fea que vive donde empieza la calle! —intervino Burke, sonriendo nerviosamente—. Con decirles que lo atropello un camión de mudanzas, al que confundió con un carrito de verduras...

Timothy Adler lo desintegró con la mirada.

—Encima chistoso, ¿eh? —masculló.

—¿No le ha hecho gracia, señor Adler? —murmuró Burke.

—¡La gracia me la vas a hacer tú, cuando vea tus restos esparcidos por el suelo! —Relinchó el tanque humano, avanzando lentamente hacia el agente de seguros.

—¡Que la cosa no ha sido para tanto, señor Adler! —exclamó Burke, haciendo un gallo con la voz.

—¡Te voy a triturar, rubio!

—¡Debería usted ir al siquiatra, señor Adler!

—¿Al siquiatra...? ¿Por qué?

—¡Juraría que tiene complejo de batidora!

—¡Así vas a quedar tú, como pasado por una batidora!

—¡Deténgalo usted, Samantha! —suplicó Burke, oprimiendo el brazo de la rubia.

—Me temo que a Timothy no lo detendría ni la línea Maginot —respondió ella, en tono bajo.

—¡No puede usted dejar que me convierta en mayonesa! ¡Recuerde que fue usted quien...!

Antes de que Burke Stone acabara la frase, Samantha Adler avanzó dos pasos y se interpuso entre su encolerizado marido y el agente de La Previsora de Pennsylvania.

—Deja que este joven se vaya, Timothy.

—¡Ni lo sueñes, Samantha! —Mugió el camión con piernas—. ¡Tendrán que venir por él, y se verán precisados a recoger sus pedazos con una pala!

—¡Ay...! —gimió Burke, que ya se veía a trozos por el suelo del *living*.

—Yo tuve la culpa de todo, Timothy —confesó la rubia.

—¿Ah, sí?

—Burke me besó porque yo le obligué prácticamente a ello, pero él no quería.

El energúmeno miró a Burke Stone.

—De modo que te llamas Burke, ¿eh? —masculló.

—Para servirle —asintió el agente de seguros, forzando una sonrisa.

—Y no querías besar a mi esposa...

—No, señor, se lo juro por mi madre.

Timothy Adler entrecerró un ojo.

—¿Quieres decir que Samantha no te gusta...?

Burke meditó la respuesta.

Si decía que sí, «cobraba».

Si decía que no, también, seguro.

Se encontraba, pues, en un callejón sin salida.

De pronto, se le ocurrió decir:

—Es que estoy casado, señor Adler, y quiero mucho a mi esposa, a la cual prometí el día de nuestra boda que siempre le sería fiel...

—¡También me prometió a mí eso Samantha!

Ella rogó:

—Perdóname, Timothy. Sé que cometí una falta, pero tú tienes parte de culpa.

—¿Yo...? —exclamó él, elevando las cejas.

—Sí, tú.

—Explícate, Samantha.

—Desde que trabajas por las noches, cuando vuelves a casa solo piensas en dormir, y eso no está bien.

—¡Si trabajo de noche, es justo que duerma de día, demonio!

—Sí, pero no tantas horas. Algún rato debes dedicármelo a mí, ¿no te parece?

—¡Y te lo dedico, Samantha!

—No los suficientes, Timothy, admítelo. Me prestabas más

atención cuando éramos novios que ahora.

Timothy Adler soltó un gruñido, pero no replicó.

Parecía mucho más calmado, lo cual hizo que Burke Stone concibiera esperanzas de salir de la casa entero y por su propio pie.

También la rubia pensaba que el agente de seguros podría irse sin ningún deterioro físico.

—Dejarás que Burke se marche, ¿verdad? —preguntó.

—¿Así, de rositas? —masculló Timothy Adler, mirando, ceñudo, a Burke Stone.

—El no tuvo la culpa de lo sucedido, ya te lo he dicho.

—Ninguna en absoluto —intervino Burke.

—No estoy de acuerdo, rubio —gruñó Timothy—. Tú debiste rechazar a mi esposa, porque sabías que ella era una mujer casada. El hecho de que Samantha te incitara, no cambia las cosas.

—¡Le juro que lo intenté, señor Adler!

—El besazo que le estabas dando demuestra que no tenías muchas ganas de rechazarla, sino más bien de todo lo contrario.

—¡No exagere usted, señor Adler! Si fue un besito de nada...

Los ojos de Timothy Adler destellaron.

—Apártate, Samantha —indicó, sin mirar a su esposa—. Ha llegado la hora de pulverizar al rubio.

—¡Déjale marchar, Timothy, por favor! —suplicó ella.

—No insistas, Samantha. El tipo se merece un castigo ejemplar, y yo voy a dárselo.

—¡Tú eres mucho más fuerte que él!

—Eso salta a la vista —sonrió Timothy, jactanciosamente.

—¡Lo matarás!

—No, no acabaré con él, no temas. Pero necesitará una silla de ruedas durante algunos meses.

—¡No, Timothy! —gritó la rubia, abrazándose a su marido, para tratar de frenarlo.

—¡Aparta he dicho! —rugió él, propinándole un violento empujón.

Samantha fue a caer sobre el diván, donde quedó recostada, con las piernas al aire, porque se le había abierto de nuevo la bata.

Burke Stone, sin embargo, no se las miró.

Bastante tenía él con mirar a la mole humana que avanzaba hacia él, con los robustos brazos separados, para impedirle la huida

por uno de los lados.

En eso precisamente estaba pensando Burke, en la huida.

Si se dejaba atrapar por los poderosos tentáculos del marido de la rubia, éste no le dejaría un hueso sano.

Tenía que intentar burlarle y alcanzar la puerta del *living*.

Estaba seguro de que a correr no le ganaría el tiarrón.

Pero ¿lograría burlarle?

Difícil estaba la cosa, porque el grandullón cubría mucho espacio con sus hercúleos brazos.

Burke saltó hacia su derecha, dispuesto a escabullirse por allí.

Timothy Adler saltó también, con asombrosa agilidad, impropia de un hombre de su estatura y corpulencia, y le cerró el paso.

—No podrás escapar, rubio —dijo, sonriendo como una fiera.

—Me temo que no —murmuró Burke, muy atento a las manazas del marido de la rubia.

De pronto, elevó bruscamente el maletín y se lo estrelló en la cara.

Se escuchó un crujido de huesos.

Todo parecía indicar que la nariz del gigantón había resultado seriamente dañada por el golpe del maletín.

Así debió ser, a juzgar por el bramido de dolor que Timothy Adler lanzó, al tiempo que se llevaba las manos al apéndice nasal, por cuyos orificios manaba ya la sangre.

Burke, tras el efectivo golpe propinado con el maletín, elevó la pierna derecha y la dejó caer con fuerza sobre el pie izquierdo del tipo, descalzo, como ya se ha dicho.

El pisotón, terrible, hizo aullar a Timothy Adler, quien se olvidó instantáneamente de la maltrecha nariz y pasó a cogerse el pie zurdo, no menos maltrecho.

Empezó a saltar como un mono, los ojos fuertemente apretados, el rostro arrugado, la boca abierta, lanzando gritos y maldiciones.

Burke, para asegurarse la huida, le atizó un durísimo puntapié en la espinilla diestra, de esos que, en un partido de fútbol, obligan al árbitro a expulsar del terreno de juego al jugador que ha cometido la infracción al reglamento, y al Comité de Competición, a sancionarle con doce partidos de suspensión, para que el jugador aprenda a pegarle al balón, no a las espinillas de los jugadores contrarios.

Timothy emitió un alarido y se derrumbó en el acto, quedando con ambos remos encogidos.

«¡Ahora es el momento!», se dijo Burke, y echó a correr hacia la puerta.

Antes de cruzarla, se volvió un instante y miró a la esposa de aquella especie de dinosaurio que se quejaba en el suelo, arrugado de dolor.

La rubia continuaba en el diván, tal y como quedara al caer en él tras el empujón propinado por su esposo, es decir, recostada y mostrando sus esculturales miembros inferiores.

En su cara, sin embargo, ahora se reflejaba el asombro.

Era evidente que, pese a haberlo presenciado con sus propios ojos, no lograba explicarse cómo el espigado agente de seguros había podido desembarazarse de un hombretón tan fuerte y tan bruto como su esposo.

Burke dio un último vistazo a las perfectas piernas de la rubia y dijo:

—¡Hasta nunca, Samantha!

Emprendió una veloz carrera hacia la puerta de la casa.

Segundos después, salía por ella como una exhalación.

Saltó la cerca, como cuando huyó de la casa del esperpento de los rulos en la cabeza, perseguido por el fiero «Bongo».

En esta ocasión, sin embargo, chocó violentamente con un tipo que corría por la acera, y ambos cayeron aparatosamente al suelo.

Burke perdió su maletín.

El tipo al cual había derribado, también había perdido el suyo, que, casualmente, era idéntico al del agente de La Previsora de Pennsylvania.

Burke trató de disculparse.

—Lo siento mucho, señor, pero es que...

El individuo, tan alto como Burke Stone, pero más corpulento, moreno, de facciones duras, rezongó una imprecación y se puso en pie de un salto.

Atrapó su maletín, que había quedado junto al de Burke, y reanudó su carrera.

Burke cogió el suyo y se levantó también, sin dejar de observar con extrañeza al sujeto que se alejaba corriendo, como si le persiguiera alguien.

—¡Apártese! —Ladró una voz a sus espaldas.

Al mismo tiempo, Burke se veía empujando con violencia.

No pudo mantener el equilibrio y cayó de nuevo al suelo.

Desde allí vio a los tres individuos que corrían por la acera, y, al parecer, en persecución del tipo que llevaba un maletín idéntico al de él.

Burke los siguió con la mirada.

De pronto, oyó rugir al marido de la rubia.

—¡Espera, maldito, que vas a pagarme el maletinazo a la cara, el pisotón y la patada a la espinilla!

Burke respingó con fuerza y miró hacia la casa.

Vio correr hacia él, al bestia de Timothy Adler.

Tenía el rostro amoratado por la ira, y su nariz, muy hinchada, parecía ahora el tapón de una botella de champaña.

Si se dejaba cazar por él, con lo furioso que estaba en aquellos momentos, podía despedirse del mundo da los vivos.

O, al menos, del mundo de los sanos.

Como Burke quería seguir estando vivo, y sano, se puso en pie de un brinco, se introdujo rápidamente en su automóvil y puso el motor en marcha.

—¡No huyas, gallina! —bramó Timothy Adler, que ya estaba saltando la cerca, sin importarle lo más mínimo el hecho de ir descalzo y en pantalones de pijama.

Burke no le hizo caso, claro, y su «Ford» salió a toda prisa de allí.

Por el espejo retrovisor vio cómo el marido de la rubia le amenazaba con el puño en alto, sin dejar de dedicarle frases que él no podía ya oír, pero que eran fáciles de adivinar.

—¡Eso lo será tu padre! —dijo Burke.

Tomó la primera bocacalle de la derecha.

Del tipo del maletín y de sus perseguidores ya no quedaba ni rastro.

En la calle Longwood, paralela a la calle Hilton, Burke detuvo su automóvil, justo a la altura del número 108.

—Bien, dicen que a la tercera va la vencida... —suspiró, atrapando su maletín.

Salió del coche y caminó hacia la casa señalada con el número 108.

Antes de pulsar el timbre, se sacudió la americana y los pantalones, manchados de polvo a causa de la doble caída.

Cuando estuvo de nuevo presentable, llamó.

Segundos después, abrió una joven que no tendría más de veintidós años, morena, cabello corto, figura estilizada y rostro sumamente atractivo.

Vestía pantalones claros, muy ajustados, y una blusa roja, que señalaba la suave curva de su busto.

Lo primero que hizo Burke fue observarle la mano izquierda.

Al ver que no llevaba alianza matrimonial, se sintió mucho más tranquilo.

—Buenos días, señorita —dijo, sonriendo con suavidad.

—Buenos días —respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

—Mi nombre es Burke Stone.

—Ethel Newman —dijo la joven.

—Es un placer saludarla, señorita Newman.

—Gracias.

—¿Ha oído usted hablar de La Previsora de Pennsylvania?

—Me suena ese nombre, sí... ¿No es una compañía de seguros?

—Efectivamente, señorita. La mejor de toda Filadelfia.

—¿Ha venido usted a...?

—A informarle de las numerosas ventajas que ofrecen nuestras pólizas, señorita Newman, por si a usted le interesase suscribir alguna de ellas.

—Lo siento de veras, señor Stone, pero no creo que...

—Permítame que le informe con detalle, señorita Newman —rogó Burke, sonriendo de forma especial para morenas de rostro bonito y figura esbelta—. Si luego no desea suscribir ninguna póliza, no me molestaré en absoluto, se lo prometo.

Sin duda, la sonrisa especial de Burke Stone tubo éxito, porque la sugestiva morenita accedió.

—Está bien, señor Stone, pase usted.

—Muchas gracias, señorita Newman. Burke entró en la casa.

La joven cerró la puerta y lo condujo a la salita de estar.

—Siéntese, señor Stone —indicó, señalándole el cómodo sofá.

—¡Oh!, usted primero, señorita Newman.

Ella sonrió y se sentó en el sofá.

Burke sentóse al lado de la joven.

—Le escucho, señor Stone —dijo ella.

Burke se colocó el maletín sobre las rodillas y accionó el resorte que lo abría.

El maletín, sin embargo, no se abrió. Burke, extrañado, accionó el resorte de nuevo.

El maletín continuó cerrado.

—Qué raro... —murmuró.

—¿Qué sucede, señor Stone? —preguntó Ethel Newman.

—El maletín no se abre.

—¿No lo tendrá cerrado con llave?

—No, seguro que no.

—¿Y no le ha dado ningún golpe a la cerradura?

—No... Bueno, ahora que recuerdo, me cayó al suelo hace tan sólo unos minutos...

—Entonces, es que del golpe se le ha estropeado la cerradura.

—Sí, eso debe ser. Probaré a forcejear con la llave, a ver si así...

Burke se metió la mano en el bolsillo derecho de la americana, extrajo su llavero e introdujo la llave correspondiente en la cerradura del maletín, con alguna dificultad.

Tras casi un minuto de continuo forcejeo, la cerradura cedió.

—¡Ya está! —exclamó, abriendo el maletín.

Al ver lo que contenía, Burke se quedó de muestra.

CAPÍTULO III

En el interior del maletín había un sobre amarillo, de unos veinticinco centímetros de largo por unos dieciocho de ancho, sin nombre ni dirección alguna.

Abultaba ligeramente.

Durante bastantes segundos, Burke Stone permaneció quieto, con los ojos clavados en el extraño sobre amarillo, la única cosa que contenía el maletín.

Ethel Newman, extrañada por el gesto de perplejidad del agente de La Previsora de Pennsylvania, inquirió:

—¿Sucedé algo, señor Stone?

Burke ladeó la cabeza y miró a la joven.

—Ya lo creo que sucede, señorita Newman. Éste no es mi maletín.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿No...?

Burke movió la cabeza.

—Ahora comprendo por qué no se abría al accionar el resorte. Estaba cerrado con llave. Por eso tuve dificultades para introducir la llave en la cerradura.

—Pero logró abrirlo —observó Ethel.

—Forzando la cerradura, ya lo vio usted. Si forcejeo, mi llave jamás hubiera abierto el maletín, porque no corresponde a esta cerradura. Lo mismo le sucederá al tipo que, equivocadamente, se llevó mi maletín, dejándome el suyo.

—¿De qué tipo habla, señor Stone?

—Cuando salía de una de las casas de la calle Hilton, con muchas prisas, por cierto, choqué violentamente con un individuo que corría por la acera, con un maletín idéntico al mío. Caímos los

dos al suelo, perdiendo nuestros respectivos maletines, que, casualmente, quedaron el uno junto al otro. Quise pedirle disculpas, porque la culpa fue mía, pero el tipo se levantó rápidamente, atrapó mi maletín, creyendo que era el suyo, y reanudó su carrera.

—Qué extraño... —murmuró Ethel Newman.

—Que el tipo tuviese tanta prisa, ¿verdad?

—Sí.

—Le perseguían tres fulanos.

La joven subió de nuevo sus finas cejas.

—¿De veras...?

—Juraría que sí, señorita Newman. Llevaban tanta prisa como él. Con decirle que uno de ellos me derribó de un empujón, para que no les cortara el paso...

—Entonces, no hay duda, perseguían al hombre que se llevó equivocadamente su maletín.

—Sí, seguro.

—¿Por qué lo perseguirían?

Burke encogió ligeramente los hombros.

—No tengo ni idea.

—¿No será ese sobre la causa de todo? —preguntó Ethel, mirando el interior del maletín.

—Es posible que sí.

—¿Por qué no mira lo que contiene?

Burke sonrió.

—Siente curiosidad, ¿eh, señorita Newman?

—Debo confesar que sí. Después de lo que me ha contado...

—También yo estoy deseando saber qué contiene el sobre —dijo Burke, cogiéndolo.

Le dio la vuelta.

Entonces pudieron ver que la solapa del sobre estaba lacrada.

—Vaya... —rezongó Burke, contrariado.

—Está lacrado... —murmuró Ethel Newman, desilusionada—. No podemos saber lo que contiene.

—A menos que rompamos el lacre. La joven le miró, con una chispa de temor en los ojos.

Tras unos segundos de vacilación, Burke se dispuso a abrir el misterioso sobre.

—¡No lo haga! —exclamó Ethel, cogiéndole el brazo.

Burke la observó, sorprendido.

—¿Qué le pasa, señorita Newman?

—No rompa el lacre, señor Stone —rogó ella, sin soltarle el brazo.

—¿Ya no siente curiosidad por saber lo que contiene el sobre?

—Más que antes.

—¿Entonces...?

La joven se mordió los labios nerviosamente.

—Tengo miedo, señor Stone.

—¿Miedo...? ¿De qué?

—De lo que nos pueda suceder a usted y a mí si rompemos el lacre y vemos lo que hay dentro del sobre.

—Oh, vamos, señorita Newman... —sonrió Burke—. ¿Qué nos iba a suceder?

—Señor Stone, ese sobre puede contener algo muy importante. Yo estoy segura de que así es. El hombre del maletín corriendo..., tres tipos persiguiéndole...

—Huy, me parece que usted ha visto muchas películas de espías y agentes secretos, señorita Newman —rió Burke.

—Sí, he visto bastantes. Y en todas ellas, cuando una persona que no está en el ajo, descubre lo que se llevan entre manos los espías, no vive para contarlo. Que le dan el pasaporte, vamos.

—Y usted piensa que si vemos lo que contiene el sobre, nos darán el pasaporte a nosotros.

—Podría suceder, así.

Burke volvió a reír.

—Tranquilícese, señorita Newman, que eso no sucederá.

—Por si acaso, usted no rompa el lacre —aconsejó ella—. No sabiendo lo que contiene el sobre, no correremos ningún peligro.

—De acuerdo, no lo romperé —asintió, dejando caer el sobre en el maletín—. Pero conste que me estoy muriendo de ganas por saber lo que guarda en su interior.

—Si no puede dominar su curiosidad, ábralo, pero en su casa. De ese modo, yo quedaré al margen de todo.

—Tal vez lo haga.

—Allá usted, señor Stone.

El agente de seguros, sonriendo, sugirió:

—¿Por qué no me llama Burke?

—Porque tan sólo hace unos minutos que nos conocemos, y no tengo la suficiente confianza para ello.

—Eso tiene fácil arreglo. Imagínese que nos conocimos la semana pasada.

Ella también sonrió.

—Bueno, si se empeña...

—¿Puedo yo llamarla Ethel?

—Es lo justo, claro.

—¿Vive usted sola, Ethel?

—No, con una tía mía. Mis padres murieron, y ella, que era hermana de mi madre, es mi única familia.

—¿No se encuentra en casa su tía?

—No, salió de compras al supermercado. No creo que tarde en regresar.

—Siento lo de sus padres, Ethel...

—Gracias.

—Los míos también murieron.

—También yo lo siento, Burke...

—En fin, la vida sigue, Ethel —dijo Burke, dando un suspiro de resignación.

—Sí, es verdad —suspiró también ella.

—Y tenemos que seguir comiendo...

—¿Tiene hambre?

Burke rió.

—En estos momentos, no mucha. Desayuné una buena ración de huevos con jamón, que yo mismo me preparé.

—¿Y por qué ha dicho eso de que «tenemos que seguir comiendo»?

—Estaba preparando el terreno para invitarla a cenar esta noche.

—Caramba, pues sí que es usted original —rió ella.

—¿Acepta?

—¿No le parece que va usted demasiado deprisa, Burke?

—¿Por qué dice eso?

—Acabamos de conocernos...

—¡Oh!, no, se equivoca usted, Ethel. Nos conocimos la semana pasada, ¿recuerda?

La joven rió de nuevo.

—Estoy viendo que no voy a poder decirle que no, Burke.

—Acepte mi invitación, Ethel, y le prometo que no se arrepentirá. Soy un tipo en quien se puede confiar.

—Eso espero.

—¿A qué hora quiere que pase por usted?

—A las ocho estaré lista.

—A las ocho en punto estaré aquí —dijo Burke, cerrando el maletín.

Se puso en pie. Ethel Newman le imitó.

Acompañó al agente de La Previsora de Pennsylvania hasta la puerta.

Antes de abrir, inquirió:

—¿Qué piensa hacer con el sobre, Burke?

—Devolvérselo al tipo que lo llevaba.

—¿Devolvérselo...? ¿Cómo, si usted no sabe quién es ni dónde vive?

—Cierto. Pero él sí sabe mi nombre y mi domicilio, puesto que llevo tarjetas de visita en mi maletín. Entre otras cosas, que también le servirían para averiguarlo. En cuanto el tipo se de cuenta de que se llevó mi maletín y me dejó el suyo, tratará de ponerse en contacto conmigo para proceder al cambio.

En los ojos de Ethel Newman hubo de nuevo un asomo de temor.

—Prométame que no abrirá el sobre, Burke.

—Ethel...

—Prométamelo. Quiero cenar esta noche con usted, no asistir mañana a su funeral.

Burke exhaló un suspiro.

—Está bien, Ethel, se lo prometo.

Ella sonrió, más tranquila.

—Hasta la noche, Burke.

—Hasta la noche —dijo él, y salió de la casa.

CAPÍTULO IV

Burke Stone introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento y la hizo girar. La puerta se abrió.

Burke entró en el apartamento, cerrando la puerta a continuación.

Caminó hacia el *living*.

Dejó el maletín sobre la mesa, muy baja, y se quitó la americana, la cual dejó, cruzada, sobre el brazo de una de las butacas.

Después de aflojarse el nudo de la corbata y doblarse los puños de la camisa, se acercó al mueble bar y se sirvió unos dedos de *whisky* con soda.

Fue hacia el diván y se dejó caer en él.

Miró al maletín negro.

Ingirió un sorbo de *whisky*.

Volvió a mirar el maletín.

Titubeó.

Finalmente, se decidió.

—Dejó el vaso sobre la mesa ratona y accionó el resorte que abría el maletín.

Como ya no estaba cerrado con llave, se abrió instantáneamente.

El misterioso sobre amarillo quedó de nuevo ante sus ojos. Alargó su mano derecha hacia él. Cuando ya lo rozaba con las puntas de los dedos, alargó rápidamente la mano izquierda y se dio una fuerte palmada en el dorso de la derecha.

—¿Has olvidado ya que le prometiste a Ethel Newman que no abrirías el sobre, Burke? —se recriminó en voz alta—. ¿Desde cuándo quebrantas tus promesas?

Avergonzado de sí mismo, retiró la mano del sobre y cerró el

maletín, para evitar nuevas tentaciones.

Tomó el vaso de *whisky* y se atizó un trago.

Estaba nervioso.

Y toda la culpa la tenía aquel maldito sobre.

De pronto, el teléfono se puso a sonar.

Burke dio un respingo.

—¡El tipo! —exclamó.

Rápidamente alargó la mano hacia el aparato, que descansaba sobre la mesa, descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Burke Stone? —preguntó una voz grave.

—Sí, al habla. ¿Quién llama?

El hombre de la voz grave no respondió.

—¡Eh, oiga! —dijo Burke—. ¿Quién es usted, qué quiere?

Silencio de nuevo.

Burke empezó a comprender por qué el tipo no respondía: había cortado la comunicación.

¿Por qué lo habría hecho?

Desconcertado, Burke colgó el auricular.

Sus ojos se clavaron nuevamente en el maletín.

Notó que su nerviosismo aumentaba.

—Maldita sea... —rezongó—. ¿Por qué accedería a prometerle a Ethel que...?

Enojado consigo mismo, se levantó del diván, atrapó su americana y metió la mano en uno de los bolsillos.

Extrajo una cajetilla de cigarrillos y su encendedor.

Se llevó un cigarrillo a los labios, prendiéndole fuego a continuación.

Acababa de expulsar la primera bocanada de humo, cuando de nuevo sonó el teléfono.

—¡Ya está ahí otra vez! —exclamó Burke.

Se precipitó materialmente sobre la mesa ratona, atrapó el auricular y se lo pegó al oído.

—¿Sí...?

—¿Burke Stone? —inquirió la misma voz grave de antes.

—No, soy Buffalo Bill —respondió Burke, sarcástico.

—¿Cómo...?

—¡Diablos!, si ya le dije hace apenas unos segundos que sí soy Burke Stone, ¿por qué me lo vuelve a preguntar? ¿Es que se cree

usted que yo cambio de nombre como de corbata?

—Disculpe, pero tenía la obligación de asegurarme de que estaba hablando con la misma persona de antes.

—¿Por qué cortó la comunicación?

—Me vi obligado por las circunstancias.

—Es usted el tipo que chocó conmigo, ¿verdad?

—Perdone que le corrija, pero fue usted el que chocó conmigo, no yo con usted.

—¿Por qué corría por la acera, le perseguía la suegra?

—Yo no tengo suegra.

—Qué suerte.

—¿Y usted, por qué saltó por encima de la cerca? ¿Es que se está preparando para las próximas Olimpiadas?

—Tuve problemas con un marido celoso.

—Le pilló con su mujer, ¿eh?

—Usted lo ha dicho.

—Bien, vayamos al grano.

—Yo pongo la pomada.

A través del hilo telefónico llegó una risita.

—Tiene usted un gran sentido del humor, Burke.

—También tengo otra cosa; su maletín.

—Lo sé.

—Y usted tiene el mío.

—Sí.

—¿Cuándo quiere que hagamos el cambio?

—Lo antes posible, desde luego.

—¿Por qué no viene a mi apartamento ahora mismo? —sugirió el agente de La Previsora de Pennsylvania.

—No creo que me sea posible, Burke.

—¿Por qué no?

—Tres perros me están siguiendo el rastro.

—Lo sé. Y no precisamente porque tenga usted cara de liebre.

—¿Que lo sabe? —Pareció extrañarse el tipo de la voz grave.

—Los vi pasar corriendo segundos después de que usted se levantase del suelo, atraparse el maletín y se alejase a toda prisa, y sospeché que le iban persiguiendo a Usted.

—Sí, esos tipos son.

—También sé por qué le persiguen.

—¿Ah, sí?

—Quieren el sobre amarillo.

El interlocutor de Burke Stone no dijo nada.

—Estoy en lo cierto, ¿verdad? —inquirió Burke.

—Sí, quieren el sobre —confirmó el tipo.

—¿Qué contiene?

—No puedo decírselo, Burke.

—Si no me lo dice, rompo el lacre y abro el sobre —amenazó el agente de seguros.

—¡No, eso no!

—Pues a desembuchar tocan, majo.

—Contiene..., contiene importantes documentos secretos.

—Con eso no me aclara gran cosa. El tipo masculló algo que Burke no logró entender.

—¿Qué ha dicho de pollo al ajillo?

—¡No he dicho nada de pollo al ajillo! —barbotó el sujeto.

—Pues hable más claro, hombre.

—No puedo decirle nada sobre los documentos que contiene el sobre, Burke.

—Que me cargo el lacre, ¿eh?

—No lo haga, Burke. Por su bien le pido que no abra el sobre.

—¿Me está amenazando?

—No, sólo trato de hacerle comprender que no le conviene saber lo que hay dentro del sobre. Es mejor que lo ignore, Burke, créame.

—No lo haga, Burke. Por su bien le pido que no abra el sobre.

—Oiga, no será usted un espía...

—¡Por supuesto que no!

—¿Qué es, entonces?

—Pertenezco al Servicio Secreto.

—¿De los Estados Unidos?

—Naturalmente.

—¿Cómo sé que me está diciendo la verdad?

—Me temo que tendrá que confiar en mi palabra.

—Podría ser un agente soviético...

—¿Me vio usted cara de ruso?

—No, sólo de sargento.

Por el cable telefónico llegó otra risita.

—Es usted terrible, Burke.

—¿Cuál es su nombre?

—Puede llamarme Robert Redford.

Burke soltó una carcajada.

—Oiga, veo que la modestia no es precisamente una de sus virtudes, ¿eh? —¿Por qué dice eso?

—¡Toma!, porque usted, y sin ánimo de ofender, es bastante más feo que Robert Redford. ¿O es que no se mira al espejo por las mañanas?

—Robert Redford es el nombre clave que utilizo en esta misión. Les demás agentes que intervienen en ella, también tienen nombres clave de populares actores norteamericanos.

—Caramba, qué interesante... ¿Podría decirme si Burt Reynolds está también metido en el ajo?

—¡Acertó usted, Burke! —exclamó, riendo, el tipo que decía ser miembro del Servicio Secreto norteamericano.

Burke Stone también rió.

—No puedo entretenerme más, Burke —dijo el sujeto—. Le llamo desde una cabina telefónica, y temo que de un momento a otro aparezcan los tipos que me persiguen. La primera vez que le llamé, tuve que colgar bruscamente y dejarme caer al suelo, porque venían hacia aquí. Afortunadamente, no me descubrieron y pasaron de largo, pero estoy seguro de que no tardarán en aparecer de nuevo. Son unos perros con excelente olfato.

—¿Por qué no llama a la perrera?

—¿Qué?

—A la policía, hombre.

—La policía no debe intervenir en esto.

—¿Por qué no?

—Sería muy largo de explicar, Burke, y no tengo tiempo.

—¿Cuándo vendrá por su maletín?

—En cuanto me sea posible. Mientras no logre eliminar a estos tres individuos, no...

—¿Eliminar?... —repitió Burke, respingando—. ¿Es que piensa usted cargárselos, señor Redford?

—Lo más probable es que no me dejen alternativa, Burke: o los elimino yo a ellos, o ellos me eliminarán a mí.

—¡Como en las películas de James Bond!

—Poco más o menos, sí. La diferencia estriba en que en las

películas de 007 se mata de mentirijillas, y en la realidad, se mata de verdad.

—¿Y cómo se siente usted después de haberse cargado a un agente enemigo?

—Mal Aunque peor me sentiría después de que un agente enemigo se me hubiese cargado a mí, ¿no le parece?

—¡De eso no hay duda!

—Usted no se mueva de su apartamento, Burke, que yo ya pasaré por ahí cuando pueda.

—Estaré aquí hasta las siete y media, pero no después de esa hora.

—¿Por qué?

—Tengo una cita a las ocho con una morenita estupenda.

—Llame a la chica y díglele que ya se verán otro día.

—¿Eh...?

—Ya lo ha oído.

—¡Ni hablar de eso, amigo Redford!

—Es una orden, Burke.

—¿Una orden...? ¡Usted no puede darme órdenes a mí, por muy miembro del Servicio Secreto que sea!

—Burke...

—¡Si quiere el maletín, venga por él antes de las siete y media, porque después no estaré! Y no insista, Robert Redford, porque no logrará convencerme. La chica es una preciosidad, y no voy a quedarme sin verla esta noche por su culpa, ya lo sabe.

Sobrevino un silencio.

Burke lo rompió:

—¿Sigue ahí, señor Redford?

—Sí —gruñó el agente secreto.

—¿Qué me responde?

—De acuerdo, haré lo posible por estar en su apartamento antes de las siete y media.

Seguidamente, el tipo cortó la comunicación.

CAPÍTULO V

Burke Stone consultó por enésima vez su reloj.

Pasaban ya cinco minutos de las siete y media.

—Se acabó la espera —rezongó, aplastando el resto del cigarrillo, uno de los muchos que había consumido, aquella tarde, en el cenicero.

Se levantó del diván y se dirigió hacia la puerta del apartamento.

Cuando se disponía a abrirla, sonó el teléfono.

Burke, que ahora vestía un traje oscuro, muy elegante, regresó rápidamente sobre sus pasos y descolgó el auricular.

—¿Diga?...

—¿Es usted, Burke? —preguntó el tino de la voz grave.

—Claro que soy yo.

—Menos mal que todavía está ahí.

—Me ha pillado por un pelo, porque me disponía a salir en este momento. Son ya más de las siete y media, y no puedo esperar ni un segundo más, lo siento.

—No me ha sido posible pasar por su apartamento, Burke.

—Ya lo veo.

—Sólo he podido eliminar a uno de los perros. —Algo es algo.

—Los otros dos no me dejan tranquilo. —Querrán vengar a su compañero—. Lo que quieren es el sobre amarillo.

—Sí, eso también.

—Voy a pedirle un favor, Burke.

—Si lo que quiere es que no vea a la morenita esta noche, olvídelo.

—Podrá verla usted, Burke, sólo que un poco más tarde.

—No, la veré a las ocho en punto, porque a mí a puntual no me

gana nadie.

—Burke, estoy en serias dificultades...

—No me dice nada nuevo. Y es lógico, porque la profesión, de agente secreto se las trae.

—Tengo una bala alojada cerca de la clavícula izquierda...

—¿Una bala?... —Respingó Burke.

—Sí, uno de los tipos logró darme durante el tiroteo en el cuál conseguí eliminar a uno de ellos.

—Caramba, cuánto lo siento... —murmuró Burke.

—He perdido mucha sangre, y noto que empiezan a fallarme las fuerzas.

—Tiene que verle un médico.

—No puedo ir a ningún médico, Burke.

—¡Se desangrará usted y estirará la pata, Redford!

—En estos momento no pienso en lo que pueda sucederme a mí, sino en el sobre lacrado que tiene usted en su apartamento. No debe caer en manos de los dos tipos que están tratando de eliminarme.

Hubo un breve silencio.

Burke preguntó:

—¿Qué era lo que quería usted pedirme, Redford?

—Que lleve el sobre a cierto lugar.

—¿Yo...?

—Sí. Debería hacerlo yo, pero me temo que no va a ser posible. Estando herido, me va a ser muy difícil desembarazarme de los dos fulanos que me persiguen.

Burke se mantuvo en silencio.

—¿Quiere hacerlo, Burke? —preguntó el agente secreto.

—¿No será peligroso, Redford? —preguntó a su vez el otro agente, el de seguros.

—Eso no puedo asegurárselo, Burke. Como ya le dije, el sobre contiene importantes documentos secretos, y hay mucha gente interesada en hacerse con ellos y dispuesta a eliminar a todo aquel que trate de impedirselo.

—Es decir, que si hago lo que usted me pide, corro el riesgo de que aparezca alguien de pronto y me de el pasaporte.

—Espero que eso no suceda, Burke.

El agente de La Previsora de Pennsylvania, dio un suspiro.

—¿Dónde debo entregar el sobre, Redford?

—En el 233 de la calle Stricker, segundo piso, puerta 8.

—¿Quién vive allí?

—La habitación la ocupa circunstancialmente el agente cuyo nombre clave, para esta misión, es Tony Curtis.

¿No me pegara un tiro cuando vea que no soy usted?

—No tema, él no me conoce, como tampoco yo a él. Cuando usted le pregunte: «¿Tony Curtis?», él le preguntará a su vez: «¿Robert Redford?». Usted le dice que sí y seguidamente le entrega el maletín.

—¿No debo explicarle que se lo llevé yo porque usted...?

—Sí, claro, pero una vez él haya abierto el maletín, no antes. Podría desconfiar, creer que se trata de una trampa, y atacarle.

—Como siga usted asustándose, no le llevo el sobre a Tony Curtis.

—No trato de asustarle, Burke.

—Pues yo ya llevo metido el miedo en el cuerpo.

—Sea usted valiente, Burke.

—Eso es muy fácil de decir.

—Vamos, no pierda más tiempo, o la morenita estupenda se enfadará con usted por llegar con demasiado retraso.

—Tiene usted razón, Redford, no hay tiempo que perder.

—Suerte, Burke. —Lo mismo digo. El agente colgó.

Burke hizo lo propio, atrapó el maletín y salió del apartamento.

Segundos después, subía a su «Ford», ponía el motor fin marcha, y se dirigía al lugar indicado por el miembro del Servicio Secreto.

* * *

Cuando Burke Stone estacionaba su coche en la calle Stricker, a la altura del 233, pasaban ya cinco minutos de las ocho.

Descendió rápidamente del vehículo y se introdujo en el edificio, antiguo y bastante deteriorado, como la mayoría de los que formaban la calle Stricker.

Subiendo los peldaños de dos en dos, alcanzó el segundo piso.

Había cuatro puertas.

La número 8 era la última, la que estaba al final del corredor.

Burke tocó el timbre.

Poco después, la puerta se abrió, dejando ver a un sujeto alto y

corpulento, que se cubría el pecho con una camiseta.

Al fijarse en los poderosos bíceps del tipo, Burke se acordó inmediatamente de Timothy Adler, el marido de la atractiva rubia que tan descaradamente le provocara aquella mañana.

Este individuo de ahora, sin embargo, era mucho más feo que Timothy.

Tenía una gran cicatriz en la frente, que se la dividía en dos, las cejas excesivamente pobladas, la nariz aplastada, la boca torcida, las orejas grandes y despegadas, y una de ellas, la derecha, carecía de lóbulo, dando le impresión de que alguien se lo había zampado de w bocado.

—¿Qué vende usted? —Gruñó el tipo, mirando a Burke de forma casi amenazante.

—¿Tony Curtís? —preguntó el agente de seguros, exhibiendo una sonrisa forzada.

El fornido individuo arrugó el par de cepillos que tenía por cejas.

—¿Cómo dice?

—Preguntó que si es usted Tony Curtís.

El feo enseñó los colmillos.

—Un tipo gracioso, ¿eh? —masculló.

La sonrisa desapareció de los labios de Burke Stone.

—¿No utiliza usted ese nombre para...?

El musculoso sujeto alargó una zarpa y agarró por la camisa al agente de La Previsora de Pennsylvania. Acercándole mucho la cara, y sin apenas despegar los dientes, dijo:

—Mira, rubio, sé que no tengo un rostro agraciado, sino más bien desgraciado, pero no me importa, porque ya es sabido que el hombre, como el oro, cuando más feo, más hermoso. Sin embargo, no me gusta que se pitorreen de mi cara, y preguntarme si soy Tony Curtís, es pitorrearse por todo lo alto.

Burke, comprendiendo que el robusto individuo no era el agente secreto que debía recibir el sobre amarillo, y viendo lo mal que al tipo le había sentado el que le preguntase si era Tony Curtís, trató de disculparse.

—Oiga, señor, le juro por lo que usted quiera que no estaba pitorreándome de su cara.

—Conque no, ¿eh?

—Me he confundido de persona, eso es todo.

—¿Y confundirme a mí con Tony Curtís, uno de los clásicos «bellos» de Hollywood, no es pitorreo del bueno?

Burke se humedeció los labios con la lengua, nerviosamente.

—Déjeme que le explique, señor. Yo no tengo que ver a Tony Curtís, sino a un tipo que se hace llamar como el popular actor de cine, por razones que no puedo explicarle. Como yo no le he visto jamás, no sé cómo es. A mí me dieron esta dirección, y por eso estoy aquí. No hay duda de que, o me dieron la dirección equivocada, o yo no la entendí bien.

—Eso me huele a cuento chino.

—Es la pura verdad, créame.

—Me importa un pito que estés diciendo la verdad o no, rubio. Tú me preguntaste si era Tony Curtís, a mí me sentó la cosa como un tiro, y no te irás de aquí sin haber probado mis puños.

—Si fueran de mazapán, todavía les daría un bocadito, pero...

—Nada de mazapán. Son de pasta de adoquín.

—Lo que me temía... —murmuró Burke.

El fulano echó su maza diestra hacia atrás.

—¡Espere, no lo suelte! —gritó Burke, que ya se veía sin cara—. ¡Si me deja ir sin golpearme, le regalo una cosa!

El macizo individuo se quedó con el puno en alto. —¿Qué?— preguntó, entornando un ojo.

—Un llavero.

—¿De oro?

—No, de plástico. Pero es muy bonito...

El tipo de la cicatriz en la frente volvió a mostrar sus dientes de fiera.

—Más pitorreo, ¿eh? —masculló.

—¡Si no quiere el llavero, le daré otra cosa! ¡Mi billetera, por ejemplo! ¡Es de piel de coco!

El sujeto arrugó el ceño.

—¿Es que hay billeteras de piel de coco? —preguntó extrañado.

—De cocodrilo, quise decir, pero como estoy muy nervioso, se me trabó la lengua y no salió el «drilo»...

—¡Ésta ha sido tu última tomadura de pelo, rubio! —Relinchó el fulano, y dejó ir su enorme puño.

Burke movió la cabeza con rapidez y la maza del tipo le pasó

rozando al oreja zurda.

Al fallar el golpe, el individuo se precipitó sobre el agente de seguros y ambos cayeron al suelo.

Afortunadamente para Burke, el forzado no quedó sobre él, y pudo levantarse rápidamente.

Se dispuso a emprender una carrera, pero el tipo estiró velozmente un brazo y le agarró el tobillo derecho, impidiéndole la huida.

—¡No tengas tanta prisa, rubio! —rugió el fulano.

Burke se revolvió. Vio la fea cara del tipo.

Al alcance de su pie izquierdo.

Sin pensárselo dos veces, disparó la pierna zurda.

La punta de su zapato golpeó el maxilar inferior del individuo.

Éste lanzó un aullido, soltando instantáneamente el tobillo derecho del agente de La Previsora de Pennsylvania.

Libre ya, Burke Stone pudo echar a correr hacia la escalera.

Descendió por ella a saltos, como si fuera un canguro.

El tipo de la camiseta ya estaba lanzando maldiciones y escupiendo palabrotas muy fuertes.

Más fuertes, sin embargo, debían de ser los dolores que sentía en la quijada, a juzgar por sus gritos.

Burke ganó el portal, lo cruzó como una bala y se introdujo en su automóvil.

Mientras accionaba la llave de contacto, miró el número del edificio.

¡No era el 233, sino el 223!

¡Con las prisas por no llegar excesivamente tarde a su cita con Ethel Newman, se había equivocado de número!

Puso el «Ford» en movimiento.

Cuando estuvo a la altura del 233, Burke giró la cabeza, para ver si el fulano de la cicatriz había salido en su persecución.

Como no lo vio por ningún lado, detuvo el vehículo, descendió de él y se introdujo rápidamente en el portal del edificio señalado con el número 233. Subió al segundo piso.

Al igual que en el edificio anterior, cada planta constaba de cuatro puertas.

Burke pulsó el timbre de la número 8.

Diez segundos después, la puerta se entreabría lo justo para

dejar ver un rostro duro como el granito, cuyos ojos, de fría mirada, escrutaron al agente de la Previsora de Pennsylvania.

Se detuvieron, por un instante, en el negro maletín de piel que portaba Burke en la izquierda.

Éste esbozó una sonrisa y preguntó:

—¿Tony Curtís?

El individuo, tras unos segundos de silencio, asintió.

—Sí.

—Menos mal... —dijo Burke, dando un suspiro de alivio—. Yo soy Robert Red... Oiga, Curtís, se supone que debe preguntarme usted quién soy...

El tipo se mantuvo nuevamente en silencio durante unos segundos. Luego, preguntó:

—¿Robert Redford?

Burke sonrió abiertamente.

—El mismo, Curtís —asintió.

El sujeto también sonrió, aunque más levemente.

—Pasa, Redford, te estaba esperando —dijo, acabando de abrir la puerta.

Iba en mangas de camisa y empuñaba una «Luger», provista de tubo silenciador.

Burke se quedó quieto, con los ojos fijos en la pistola, automática.

—A ver si se te dispara, Curtís... —dijo, nerviosamente.

—No digas tonterías —repuso el individuo, guardándose el arma en la funda que llevaba sujeta bajo su axila izquierda—. Venga, no te quedes ahí parado como un pasmarote, Redford.

Burke entró en la habitación.

El tipo cerró la puerta y corrió el pasador.

Miró al agente de seguros.

—¿Traes el sobre amarillo, Redford?

—Sí.

El sujeto extendió el brazo. Burke le entregó el maletín.

El individuo lo tomó y lo depositó sobre la cama.

—La llave —pidió, sin mirar a Burke.

—No está cerrado con llave —respondió éste.

El tipo sí le miró ahora, con extrañeza.

—¿Que no está cerrado con llave?

—No.

—¿Por qué?

Burke, recordando que el agente secreto con el nombre clave de Robert Redford le había indicado que no le explicara al otro, al que respondía al nombre de Tony nada de lo sucedido hasta que éste hubiese abierto el maletín, respondió:

—Luego te lo explicaré, Curtís.

El sujeto accionó el resorte y el maletín de abrió.

Al ver el sobre amarillo, sus ojos emitieron un leve destello.

Lo cogió y le dio la vuelta.

—Con el lacre intacto... —murmuró.

—Sí —sonrió Burke.

El tipo volvió a dejar el sobre en el maletín y cerró éste.

Miró a Burke.

Bastante extrañamente, por cierto. De pronto, se llevó la mano derecha a la axila zurda y extrajo su «Luger».

Apuntó con ella a Burke. Éste notó un fallo cardíaco.

—¿Qué haces, Curtis? —preguntó, con una voz que se parecía muy poco a la suya.

—Na soy Tony Curtis, Redford —respondió, fríamente, el individuo—. Curtís está ahí dentro —señaló una puerta—, en el cuarto de aseo, con varios agujeros en el pecho, y todos se los hice yo...

A Burke Stone se le heló la sangre en las venas.

Quiso decir algo, pero no le salió la voz.

El tipo que se había hecho pasar por el agente secreto que debía recibir el sobre amarillo, anunció:

—Te voy a mandar con Curtís, Redford.

Su dedo índice se arqueó sobre el gatillo del arma.

—¡No dispare, que yo no soy Robert Redford! —gritó Burke, recuperando la facultad del habla.

—Ya sé que no eres el famoso actor, sino el agente secreto que utiliza ese nombre en esta misión —sonrió el sujeto—. Por eso voy a liquidarte.

—¡Qué no, que se equivoca usted, amigo! Yo soy un agente, sí, pero... ¡de seguros!

CAPÍTULO VI

El tipo entrecerró los ojos.

—¿Qué pretendes, confundirme, para aprovechar un descuido mío?

—¡Le estoy diciendo la verdad, se lo juro, por la memoria de mi madre! —respondió Burke—. Si quiere, puede comprobarlo. Llevo tarjetas de visita en mi billetera. También puede comprobar que no llevo armas. ¿Y dónde se ha visto un agente secreto que no lleve pistola? ¡Ande, regístreme y verá como no llevo ni siquiera una de agua!

—Ábrete la chaqueta —ordenó el individuo de la «Luger»—. Pero con cuidado, ¿eh?

Burke Stone obedeció.

Al ver que el joven rubio había dicho la verdad, el tipo inquirió:

—Si no eres un agente secreto, ¿qué diablos haces metido en esto?

Burke se lo explicó en pocas palabras.

—Eres un idiota, rubio —dijo el individuo.

—¿Por qué me llama idiota?

—Porque sólo un idiota hubiera accedido a venir aquí en lugar de Redford. El sobre amarillo contiene algo más peligroso incluso que la nitroglicerina.

—Debí negarme, ahora me doy cuenta.

—Un poco tarde, ¿no crees?

—¿Para qué?

—Para salvar el pellejo.

—No, no es tarde. Yo no estoy metido en el asunto, no conozco el nombre verdadero de ninguno de los agentes que intervienen en él, ni bueno ni malo, ignoro también lo que contiene el sobre

amarillo... ¿Por qué tiene que matarme?

—Es lo más seguro, rubio.

—¿Que daño podrá causarles yo, un simple agente de seguros?

—Conoces mi cara...

—Le prometo no acordarme de ella.

—Podrías ir a la policía...

—Le prometo no ir a la policía.

—Eso lo dices ahora, porque estás asustado, pero si te dejase marchar, te faltaría tiempo para dar cuenta de todo a la policía.

—La doy mi palabra de que no. A mí no me importa nada de lo que ustedes se lleven entre manos, sólo quiero salvar mi vida.

—Lo siento, rubio, pero no puedo arriesgarme.

Burke dio un nervioso respingo.

La causa del mismo, sin embargo, no fueron las últimas palabras pronunciadas por el tipo que esgrimía la «Luger», sino la puerta del cuarto de aseo.

¡Se estaba abriendo!

¡Lenta y silenciosamente!

Ello significaba que... ¡que el agente secreto con el nombre clave de Tony Curtís no estaba muerto!

Burke desvió rápidamente la mirada hacia el sujeto de la pistola automática, para que éste, que se encontraba de espaldas a la puerta, del cuarto de aseo, no descubriera lo que estaba sucediendo.

¡Sabía que su vida dependía de ello!

El individuo de la «Luger» parecía decidido a apretar el gatillo.

—¡Espere, por favor! —suplicó Burke.

—No quiero perder más tiempo contigo, rubio.

—Concédame unos segundos, lo justo para rezar una oración.

—Ya la rezarás después.

—¿Cómo voy a rezarla después, si estaré muerto?

—Ése es tu problema.

Burke miró fugazmente hacia el cuarto de aseo.

¡La puerta seguía abriéndose!

—Adiós, rubio —masculló el tipo de la «Luger».

—¡Si no quiere que rece una oración, déjeme al menos que le cuente un chiste! —exclamó Burke, para ganar tiempo.

—¿Un chiste? —repitió el individuo, desconcertado momentáneamente.

—¡Sí, es muy bueno! Verá, estaba Raquel Welch a punto de ponerse bajo la ducha, cuando, de pronto, llaman a la puerta, y a la Welch, que no tenía la bata a mano, no se le ocurre otra cosa que...

—¡Basta! —rugió el sujeto, con los maxilares furiosamente apretados.

—¿No quiere saber lo que hizo Raquel Welch para...?

—¡No, no quiero saberlo!

—¿Le cuento uno de bomberos?

—¡No!

—¿De exploradores?

—¡No!

—¿De indios, de piratas, de chinos?

—¡No, no y no!

—¡Ah, ya sé! A usted le gustan los de agentes secretos, ¿verdad? Pues ahí va uno de los buenos. Se encontraba James Bond en Río de Janeiro, en la mejor *suite* de un hotel de quince estrellas, cuando...

—¿Quince estrellas...? —repitió el tipo, extrañado.

—Sí, las cinco del hotel, más las diez que estaba viendo el gerente del mismo, al que 007 acaba de pisar la mano con la puerta de la terraza, porque Bond había descubierto que el tipo recibía órdenes de...

—¡Se acabó! —Tramó el individuo de la «Luger», colérico, y dispuesto a accionar el gatillo del arma.

¡Zump! ¡Zump! ¡Zump!

Así sonaron los tres disparos, ahogados por el tubo silenciador.

Las balas, sin embargo, no las vomitó la «Luger» que empuñaba el sujeto, sino la «Magnum» que, temblorosamente, sostenía en su mano diestra el hombre que yacía tendido de bruces en el suelo del cuarto de aseo.

El tipo que había intentado acabar con Burke Stone emitió unos extraños sonidos guturales, dejó caer su «Luger» y se derrumbó.

Burke estuvo a punto de derrumbarse también, pero de la impresión.

Era la primera vez que veía abatir a alguien a tiros.

¡Y a un metro escaso de él!

La espalda del individuo se estaba llenando de sangre.

Burke, pálido como un difunto, miró hacia el cuarto de aseo.

El tipo que tan oportunamente había intervenido, salvándole la

vida, tenía la cara pegada al suelo, y los dedos de su mano se habían abierto, soltando la «Magnum» provista de silenciador.

Burke, lentamente, se acercó a él.

El agente secreto daba la impresión de estar muerto.

Tras observarlo durante unos segundos, Burke puso una rodilla en el suelo, le cogió la muñeca y le tomó el pulso.

Todavía le latía el corazón, aunque muy débilmente.

Burke, con mucho cuidado, le dio la vuelta, dejándolo boca arriba.

El tipo tenía el pecho cubierto de sangre.

De su boca, manchada también de sangre, escapó un gemido.

Empezó a despegar los párpados, pero muy lentamente, como si cada uno de ellos le pesase varios kilos. Con sus vidriosos ojos miró a Burke. Movi6 los labios.

Estaba esforzándose por hablar, pero no lo conseguía.

Emitió unos raros sonidos, muy débiles. Burke se inclinó sobre él, para ver si lograba entender algo de lo que decía.

—Carretera... —Le pareció que susurraba el agente.

—¿Carretera? —repitió Burke—. ¿Qué carretera?

—Carretera 64...

—¿Qué pasa en la Carretera 64?

—Kilómetro 386... Camino a la izquierda... Granja...

—Creo que le entiendo, Curtís. En la Carretera 64, a la altura del kilómetro 386, hay un camino a la izquierda que conduce a una granja. ¿Es allí donde hay que llevar el sobre amarillo?

—Sí...

—¿A quién hay que entregárselo?

—Burt Reynolds...

—Entiendo, al agente secreto que utiliza el nombre clave de Burt Reynolds.

—Sí... El se encargará de que...

El miembro del Servicio Secreto no pudo decir nada más.

Tuvo un acceso de tos agónica, soltó una bocanada de sangre, y dobló la cabeza.

Burke le tomó nuevamente la muñeca.

Ya no tenía pulso.

El agente había dejado de existir.

Burke se irguió lentamente, con el estómago encogido.

Observó al fulano que había querido darle el pasaporte para que no hablara con la policía.

Debía estar tan muerto como el miembro del Servicio Secreto.

Burke miró el maletín, que seguía sobre la cama.

Dudó entre cogerlo y llevarlo al lugar indicado por el agente que acababa de expirar, o dejarlo allí, donde estaba, y olvidarse de todo.

Lo primero suponía seguir corriendo el riesgo de que alguien le alojase unos cuantos plomos en el cuerpo y lo mandase a criar gusanos, como había estado a punto de suceder hacía tan sólo un par de minutos.

Lo segundo, en cambio, dejar de estar en peligro.

Esto último, pues, era lo más sensato.

¿Por qué diablos iba él a arriesgar su vida?

Era agente de seguros, no secreto. Y ponerse a jugar a agentes secretos era demasiado peligroso.

Acababa de comprobarlo.

—Al diablo el sobre amarillo y lo que haya dentro de el — decidió, y caminó hacia la puerta.

Cuando estaba a punto de descorrer el pasador, se detuvo.

Le pareció que una voz extraña, lejana y profunda, le decía: «No te dejes el sobre amarillo, Burke. Contiene documentos tan importantes que, de caer en manos de personas sin escrúpulos, el mundo entero podría verse seriamente amenazado. Debes cogerlo y entregárselo al agente que espera donde tú sabes».

Burke giró la cabeza y clavó los ojos en el maletín.

Titubeó de nuevo.

¿Debía hacer caso a la voz de su conciencia o mandar el sobre al cuerno?

Tenía que decidirse. ¡Y pronto!

—Maldita sea... —rezongó, acercándose a la cama.

Atrapó el maletín, casi con rabia, y abandonó rápidamente la habitación.

CAPÍTULO VII

Ethel Newman, que lucía un bonito vestido de noche, negro, de finos tirantes y escote moderadamente atrevido, paseaba nerviosamente por la sala de estar, con gesto de evidente preocupación.

De pronto, se detuvo y mire a su tía, que se encontraba sentada en el sofá, ojeando una revista de modas.

—¿Qué hora es, tía Jessica?

Jessica Birney, una mujer delgada y menuda, de rostro simpático y ojillos vivarachos, que bordeaba los cuarenta y cinco años, consultó su reloj y respondió:

—Las nueve.

La joven dio un respingo.

—¿Las nueve ya?

—Sí, Ethel. Las nueve y cinco minutos, para ser exactos.

La muchacha se retorció los dedos.

—Creo que no debo esperar más, tía Jessica. Voy a llamar a la policía.

La que respingó ahora fue Jessica Birney.

—¿A la policía...?

—Sí. Una hora de retraso, es demasiado retraso. A Burke Stone debe haberle sucedido algo.

—No seas pesimista, mujer.

—Tal vez abrió el sobre amarillo y...

—El joven te prometió que no lo abriría, ¿no?

—Sí; pero como tenía tantas ganas de hacerlo, puede que se olvidara de su promesa y...

Jessica Birney sonrió dulcemente.

—Tranquilízate, Ethel. Si él te prometió que no lo abriría, no lo

habrá abierto. Y si no lo ha abierto, no tiene por qué haberle pasado nada malo.

—¿Y el retraso...?

—Puede deberse a muchas causas, Ethel. Él nos lo explicará en cuanto llegue.

—No creo que venga, tía Jessica —dijo la joven, gravemente.

—Ya verás cómo sí, mujer, y no tardará mucho.

—Burke está muerto, lo sé...

—¡Ethel! —exclamó Jessica Birney.

—Abrió el sobre, estoy segura, y le han cerrado la boca para siempre, como en las películas...

Jessica Birney faro la revista de modas a un lado y se levantó del sofá.

—¡No digas más tonterías, Ethel! —la recriminó.

—Ojalá fuesen tonterías...

—¡Pues claro que son tonterías! Te apuesto lo que quieras a que ese joven está aquí antes de...

Justo en aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Ethel Newman respingó exageradamente.

—¡Están llamando a la puerta, tía Jessica!

—¿No te decía yo que ese joven iba a llegar de un momento a otro?

Ethel echo a correr hacia la puerta.

Jessica Birney, que estaba deseando conocer al apuesto agente de seguros, fue tras su sobrina.

Ethel alcanzó la puerta y abrió.

—¡Burke! —exclamó, radiante de alegría.

—Buenas noches, Ethel —dijo Burke Stone, con una sonrisa—. Caramba, está usted preciosa con ese vestido...

—Gracias... Pase usted.

Burke entró en la casa, llevando en la izquierda el maletín negro. Al ver a Jessica Birney, intuyó:

—Usted debe ser la tía de Ethel...

—Si —asintió ella.

Burke le tendió la mano.

—Encantado de conocerla.

—Es un placer, joven —correspondió Jessica Birney, estrechando la mano del agente de La Previsora de Pennsylvania.

—Burke... —murmuró Ethel Newman, fijándose en el maletín.

—¿Sí, Ethel?

—¿Es... el suyo? —lo señaló con el dedo.

—No, es el de Robert Redford.

Ethel y su tía pestañearon a la vez.

—¿De quién ha dicho?... —inquirió la joven.

—De Robert Redford —repitió Burke—. Como el pobre tenía incrustada una bala en la clavícula, me pidió que se lo llevase a Tony Curtís, y así lo hice, pero resultó que Tony Curtís estaba mucho peor que Robert Redford, pues tenía varias balas alojadas en el pecho, así que me rogó que se lo llevase a Burt Reynolds, que espera en una granja a la que se llega por un camino que hay en la Carretera 64. Que lo encuentre vivo es menester...

Ethel Newman y Jessica Birney no entendían nada. Esta última preguntó:

—¿De qué película está usted hablando, joven?

—Nada de películas, señora... Oiga, ¿cómo puedo llamarla?

—Jessica es mi nombre.

—Bien, pues como les decía, nada de películas. Todo está pasando de verdad, y el que se descuida, como Tony Curtís, emprende el viaje.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el otro mundo.

—¡Jesús! —exclamó Jessica Birney, llevándose una mano a los labios.

Su sobrina intervino:

—Burke, tal vez usted no se de cuenta, pero entendemos muy poco de lo que está diciendo... ¿Por qué no se explica con más claridad?

—Sí, tiene usted razón, Ethel —suspiró Burke, rascándose una patilla—. Si no lo cuento todo desde el principio, les parecerá que hablo en chino.

—Pasemos a la sala de estar —sugirió la joven.

Fueron los tres hacia allí.

Burke solicitó:

—¿Le importaría servirme un trago, Ethel?

—Por supuesto que no —sonrió ella.

—Gracias. Los últimos acontecimientos me han puesto muy

nervioso, y necesito beber algo fuerte, con muchos grados —explicó Burke, sentándose en el sofá, junto a la tía de Ethel, que lo había hecho segundos antes.

—¿Le gusta el vodka? —preguntó la muchacha.

—Más que a Miguel Strogoff.

Jessica Birney rió la respuesta del agente de seguros.

—¡Jesús, qué ocurrencia! Ethel ya me dijo que era usted un joven muy simpático, Burke.

—Ethel es muy amable —sonrió él, mirando a la muchacha, que le estaba preparando la bebida.

—Si llega usted a ver lo preocupada que estaba por su tardanza...

—¿Ah, sí?

—¡Muchísimo! Mírele las uñas, y verá como casi no le quedan. Con lo bonitas que las tenía...

—¿Se las ha mordido?

—Una detrás de otra.

—Caramba, cuánto lo siento...

—Y cuando acabó con las uñas, la emprendió con los dedos.

—¿También se mordió los dedos...?

—¡Oh!, no, mordérselos, no. Lo que hizo fue retorcérselos.

—¿Retorcérselos?

—Sí, y de qué manera. Le salían unas trenzas preciosas.

—¡Trenzas! —exclamó Burke, riendo.

Ethel, que también reía, se acercó a él y le entregó el vaso, diciendo:

—No haga usted caso, Burke. Tía Jessica es el colmo de la exageración.

—Exagerada yo, ¿eh? —repuso Jessica Birney—. ¡Anda, muéstrale las uñas! Mejor dicho, lo que queda de ellas.

Burke le cogió una mano a la joven y le miró las puntas de los dedos.

—Es verdad, Ethel... Esta mañana las tenía usted mucho más largas...

—Olvídese de mis uñas, cortas o largas, y cuéntenos todo lo sucedido, Burke —sonrió la joven, rescatando su mano y sentándose también en el sofá.

—Espere que me atice un latigazo —dijo Burke, y se acercó el

vaso, que contenía una generosa ración de vodka, a los labios.

Jessica Birney, al observar el largo trago que ingería el agente de seguros, preguntó por lo bajo:

—¿Sabes si descende de cosacos, Ethel?

—¡Tía, por favor! —exclamó la joven, a media voz también.

Burke chascó la lengua.

—Buen vodka, sí, señor —ponderó.

—Burke, que nos tiene usted sobre ascuas... —recordó Ethel, sonriendo.

Burke Stone, sin demorarse un solo segundo más, puso al corriente de todo a Ethel Newman y a Jessica Birney.

—¡Qué horror! —exclamó Ethel, sin color en las mejillas.

—¡Y yo que creía que esas cosas sólo pasaban en las películas...! —dijo Jessica, pálida y temblorosa.

Burke exhaló un suspiro.

—Lo mismo pensaba yo, pero...

—Burke... —murmuró Ethel.

—¿Sí?

—Cómo sabía el tipo que aguardaba en la habitación de la calle Stricker, que el nombre clave del agente secreto a quién él había llenado el pecho de balas era Tony Curtís, y el del agente secreto que debía llegar con el sobre lacrado, ¿Robert Redford?

—Creo que no lo sabía, Ethel.

—Pero, usted ha dicho que...

—Esa clase de individuos son muy inteligentes, Ethel. Cuando yo le pregunté si era Tony Curtís, tardó unos segundos en responder que sí, los necesarios para adivinar que era un hombre clave. Y yo, en lugar de esperar a que él me preguntase si era Robert Redford, me apresuré a decir: «Yo soy Robert Red...». No completé el apellido, pero ya había dicho lo suficiente para que, un tipo listo como aquél, adivinase que el nombre clave era Robert Redford, y fue entonces cuando lo pronunció.

—Ahora lo entiendo...

—En cierto modo —intervino Jessica Birney—, fue una suerte para usted el haberle casi revelado, inconscientemente, el nombre clave del agente secreto que debía llegar con el sobre amarillo. De no haber sido así, lo más probable es que el tipo hubiese disparado sobre usted, antes de que sospechara que él no era el agente con el

nombre clave de Tony Curtís.

—Sí, seguro que me hubiera dejado tieso allí mismo, en el corredor —convino Burke.

Se produjo un silencio.

—¿Quiere un consejo, Burke? —preguntó Ethel Newman.

—Démelo.

—Entregue el sobre a la policía y cuénteles todo lo sucedido.

—Yo le aconsejo lo mismo, joven —dijo Jessica Birney.

Burke movió la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —inquirió Ethel.

—Redford me dijo que la policía no debía intervenir en esto.

—Pero Redford está muerto.

—¿Cómo lo sabe? La última vez que hablé con él, sólo tenía una bala en la clavícula...

—Ahora ya debe de tener tantas como Tony Curtís. —Es posible, sí— admitió Burke.

—Tampoco me extrañaría nada que Burt Reynolds se hubiese reunido ya con Tony Curtis y Robert Redford.

—Estoy viendo que Hollywood se queda en cuadro... —murmuró Jessica Birney.

—No es momento para hacer chistes, tía —recriminó Ethel.

—Es verdad, perdona.

Ethel Newman miró fijamente al agente de La Previsora de Pennsylvania.

—Hágame caso, Burke. Coja el maletín y vaya a contárselo todo a la policía.

Burke Stone no respondió.

Se llevó el vaso a los labios y se atizó otro trago de vodka.

—¿Lo hará, Burke? —preguntó la joven.

—No, Ethel. Se lo llevaré a Burt Reynolds.

—¡Se lo habrán cargado también, Burke! —exclamó la muchacha, angustiada.

—Si fuera así, no tendría más remedio que entregar el sobre a la policía y contarles todo lo sucedido.

—¡Suponiendo que le dejen!

—¿Qué quiere decir?

—No se haga el tonto, Burke. Si ese agente ha muerto, la

persona o personas que le hayan dado el pasaporte estarán ocultas en la granja, esperando al otro agente, el que debe llegar con el sobre amarillo. ¿No hizo eso el tipo que cosió a balazos a Tony Curtis?

—Esta vez llevaré más cuidado, Ethel.

—¡No sea ingenuo, Burke! Usted es un simple agente de seguros, y lo suyo son las pólizas, no las pistolas automáticas. ¡Si acude a la granja, le dejarán seco a tiros!

Burke sonrió irónicamente.

—Es usted única dando ánimos, Ethel.

—¡Sólo trato de impedir que le maten! En la habitación de la calle Stricker se libró usted de la muerte de puro milagro, y dos milagros en una misma noche, serían demasiados milagros.

—Le apuesto un beso a que salgo con vida de la granja.

—¡Y yo se lo doy ahora mismo si desiste usted de ir!

—¡Ethel! —exclamó Jessica Birney, perpleja.

Burke se acarició el mentón.

—Su oferta es muy tentadora, Ethel, pero...

—¡Dos besos!

—Ethel...

—¡Tres!

—¡Pero qué chica tan atrevida! —exclamó Jessica Birney, mirando a su sobrina con ojos agrandados—. ¡Ofrecer tres besos a un hombre...!

—¡Hasta la media docena estoy dispuesta a llegar! —dijo Ethel.

—¡Dios mío, cómo está la juventud! —exclamó Jessica, escandalizada.

Burke Stone reía.

—¿Qué decide, Burke? —preguntó Ethel, con viva ansiedad.

—Ethel, por un beso suyo, sería capaz de recorrerme toda Filadelfia a la pata coja, acostarme en un colchón de clavos, como los faquires, o pasearme por el polo Norte en camiseta y «slips», pero...

—Desistir de ir a la granja, no.

—No puedo, Ethel, compéndalo.

La joven apretó los labios.

—¡Maldito cabezota!

Burke apuró su bebida, dejó el vaso sobre la mesa, se puso en

pie y cogió el maletín.

—En cuanto haya entregado el sobre a Burt Reynolds, volveré por usted para llevarla a cenar, ¿de acuerdo?

Ella no respondió.

Burke sonrió, se despidió con un gesto de ambas mujeres, y caminó hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó Ethel, brincando del sofá.

Burke se detuvo y la miró.

—No insista, Ethel, se lo ruego.

—No se preocupe, no pienso insistir más. Lo que quiero decirle es que voy con usted.

—¡Ethel! —exclamó Jessica Birney, saltando del sofá, con la estupefacción plasmada en el rostro.

También el rostro de Burke Stone denotaba perplejidad.

—¿Qué es lo que ha dicho, Ethel?

—Que voy con usted a la granja —repitió ella.

—Eso me había parecido oír... —murmuró Burke.

—¿Es que te has vuelto loca, Ethel? —gritó Jessica Birney.

—Estoy en mi sano juicio, tía Jessica —respondió la joven.

—No puedo llevarla conmigo, Ethel —dijo Burke. Ella sonrió con ironía.

—Lo que no puede es negarse a llevarme. ¿Y sabe por qué? Porque si se niega, llamaré a la policía y le diré todo lo que pasa.

—¿Sería capaz...?

—¡Seguro!

Burke la miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué quiere acompañarme, Ethel?

—Tengo un plan para ayudarle a salir con vida de allí, caso de que quien le esté aguardando no sea Burt Reynolds.

—¿Un plan...?

—Sí. Y muy bueno, por cierto. —Hábleme de él.

—Se lo explicaré por el camino —dijo la joven, cogiéndole del brazo del agente de seguros. Burke suspiró resignadamente.

—Está bien, vamos. Echaron los dos a andar.

Jessica Birney se desplomó materialmente sobre el sofá, y cogiéndose la cabeza con ambas manos, gritó:

—¡Locos...! ¡Están los dos locos de remate...!

CAPÍTULO VIII

El agente secreto con el nombre clave de Robert Redford se introdujo en un callejón poco iluminado.

En la izquierda llevaba el maletín de Burke Stone, y en la diestra, una pistola automática, provista de silenciador.

Corrió por el callejón, sorteando las cajas y los cubos de basuras que se amontonaban en él, dificultando el paso.

Un gato se le cruzó, maullando, y a punto estuvo de hacerle caer, pues llegó a rozarles las piernas.

El miembro del Servicio Secreto norteamericano se detuvo y apoyó la espalda contra la pared.

Su respiración era descompasada.

Se pasó el dorso de la mano diestra por la frente, bañada por un sudor frío.

Miró hacia la entrada del callejón.

Vio aparecer a los dos tipos que le perseguían.

Los fulanos esgrimían sendas pistolas automáticas, con tubo silenciador enroscado al cañón.

Se detuvieron a la entrada del callejón y observaron.

El agente secreto quiso reanudar la carrera, pero como estaba muy debilitado, por la abundante pérdida de sangre, le fallaron las piernas y se derrumbó.

Sintió un agudo dolor en la clavícula izquierda, y no pudo reprimir un grito.

Aunque adivinaba que no le iba a ser posible, trató de levantarse.

En efecto, no pudo.

Oyó pasos precipitados. Los perros venían por él.

Masculló un juramento y se revolvió, dispuesto a vender cara su

vida.

Los dos individuos ya estaban muy cerca.

El agente levantó su arma.

Le pareció que levantaba un cañón antiaéreo.

Era su brazo, que ya no tenía fuerzas suficientes ni para sostenerse a sí mismo.

Quiso disparar sobre los tipos.

Ellos gatillaron primero.

¡Zump! ¡Zump! ¡Zump! ¡Zump!

Cuatro disparos abogados.

Cuatro plomos que se incrustaron en el cuerpo del agente del Servicio Secreto. Un grito de agonía.

El agente murió casi instantáneamente.

Los fulanos se aproximaron al cadáver, las armas empuñadas todavía.

—Esta vez le casamos. Lynn —dijo el de la derecha, que tenía la cara ancha y hundida como una pala de levantar arena.

—Sí, Frank; se acabó la persecución —dijo el llamado Lynn, cuyo rostro, al contrario que el de su compañero, era largo y afilado como un pico de cavar zanjas.

—Coge el maletín, rápido —indicó Cara de Pala, guardando su arma en la funda sobaquera.

Cara de Pico se guardó la suya, se inclinó y atrapó el maletín.

Seguidamente, ambos echaron a correr hacia la salida del callejón.

Tuvieron que andar durante varios minutos, hasta llegar al lugar en donde habían dejado estacionado su automóvil, un «Chevrolet» negro.

Subieron a él.

Cara de Pala, que se había sentado frente al volante, indicó:

—Abre el maletín, Lynn.

—Debe estar cerrado con llave.

—¿Y eso es un problema para ti? —preguntó Cara de Pala, irónico.

Su compañero *sonrió*, mostrando sus dientes de conejo.

—Ya sabes que no. Poseo el mejor juego de ganzúas que existe en el país.

—Y las manejas como nadie —sonrió también Frank, mostrando

los suyos, que eran de asno por lo menos.

Cara de Pico extrajo su juego de ganzúas, eligió la que creyó más adecuada para el caso, y la introdujo en la cerradura del maletín.

Cara de Pala arrugó también el entrecejo.

—Frank...

—¿Qué?

—El maletín no está cerrado con llave... Cara de Pala arrugó también el entrecejo.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Mira.

Cara de Pico, que ya había sacado la ganzúa de la cerradura, accionó el resorte que abría el maletín, y éste se abrió al instante.

Al ver lo que había en él, ambos sujetos se llenaron de estupor.

Transcurrieron varios segundos sin que ninguno de los dos acertase a decir nada.

—¿Qué diablos es esto, Frank...? —pudo balbucir al fin Cara de Pico.

—No lo sé, Lynn —murmuró Cara de Pala—. Pero una cosa es evidente: el sobre amarillo no está en el maletín.

Lynn miró a su compañero, totalmente desconcertado.

—¿Y dónde diablos está? Frank encogió los hombros.

—Daría cualquier cosa por saberlo —masculló, con las mandíbulas apretadas.

Cara de Pico rezongó una maldición.

—El agente secreto nos la jugó, Frank.

—Eso parece.

—¿De dónde demonios sacaría todo esto?

—Qué sé yo... Anda, déjame que le de un vistazo.

Lynn le pasó el maletín.

Cara de Pala empezó a revisar todas las cosas que contenía.

De pronto, dio un respingo y exclamó:

—¡Lynn!

—¿Qué ocurre?

—¡Este maletín pertenece a un tal Burke Stone! ¡Mira, aquí está su tarjeta! ¡El tipo es agente de seguros!

Cara de Pico tomó la tarjeta de visita y leyó lo que decía.

—Es cierto, Frank... De La Previsora de Pennsylvania...

—¡Creo que ya sé dónde está el sobre amarillo, Lynn!

—¿De veras...?

—¡Te apuesto a que lo tiene el agente de seguros!

Lynn arqueó las cejas.

—¿El agente de seguros?

—¿Recuerdas que esta mañana, cuando perseguíamos al agente secreto por la calle Hilton, me vi obligado a derribar de un empujón a un tipo rubio y espigado que se encontraba en la acera, junto a un «Ford» marrón?

—¡Sí!

—¡El tipo llevaba un maletín idéntico al del agente secreto!

¡Demonios, es cierto!

—Creo adivinar lo que pasó, Lynn. El agente secreto, en su carrera, debió chocar con el otro agente, el de seguros, y ambos se fueron al suelo, perdiendo sus respectivos maletines. El agente secreto, con las prisas, se confundió, y se llevó el maletín del tipo rubio, y éste cogió el otro, el que contenía el sobre amarillo.

—¿Y no se daría cuenta el agente secreto, más tarde, de que el maletín que llevaba no era el suyo?

—Es probable que no, Lynn. Bastante tenía él con tratar de huir de nosotros.

—¿Y el tipo rubio...?

—¡Ah!, ése sí, seguro. Tal vez pocos minutos después. —¿Y qué crees que habrá hecho con el sobre amarillo?

—Lo que hubiera hecho yo en su lugar, teniendo en cuenta que el sobre no lleva nombre ni dirección alguna: esperar a que el dueño del maletín se diese cuenta, como él, de que había habido un cambio involuntario de maletines y se pusiera en contacto con él, para cambiarlos de nuevo.

—Entonces, debe de estar en su casa, esperando la llamada o la visita del hombre que se llevó su maletín...

—Eso mismo pienso yo.

—Vive en el 422 de la avenida Westmont, sexta planta, apartamento

18-B.

—¡Vamos para allá!

Cara de Pala puso el motor en marcha y el «Chevrolet» arrancó.

Minutos después, estaban ante el 422 de la avenida Westmont. Descendieron del coche y penetraron en el edificio.

—¿Se encuentra Burke Stone en su apartamento? —preguntó Frank *Cara de Pala* al portero, que se hallaba de pie tras un pequeño mostrador.

—No, salió —respondió el tipo, sonriendo con amabilidad.

—¿Qué salió?

—Sí, a eso de las ocho menos cuarto.

—¿No sabrá usted, por casualidad, adonde se dirigía? —preguntó Lynn *Cara de Pico*.

—No, no lo dijo, lo siento.

—¿Sabe si llevaba un maletín negro? —interrogó Frank.

El portero dio una cabezada.

—Efectivamente, lo llevaba.

—Burke Stone tiene un «Ford» marrón, ¿verdad?

—Sí —asintió de nuevo el empleado del edificio.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué —sonrió el hombre.

Cara de Pala y *Cara de Pico* salieron del edificio, caminando a grandes zancadas.

De nuevo en el coche, el segundo inquirió:

—¿Qué hacemos ahora, Frank?

—Tratar de dar con el tipo, naturalmente.

—Filadelfia no es ningún pueblecito...

—Lo sé maldita sea. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer, sino recorrer las calles de la ciudad, con la esperanza de encontrarnos casualmente con el «Ford» marrón del tipo rubio?

—Será como buscar una aguja en un pajar.

—A lo mejor tenemos suerte y la encontramos.

Cara de Pala accionó la llave de contacto y el «Chevrolet» negro se puso en movimiento.

—Buscaremos primero por la zona en donde vimos al tipo esta mañana —dijo.

—¿Por qué quieres empezar precisamente por allí? —preguntó *Cara de Pico*.

—Tengo la corazonada de que el rubio debe de estar por ese

sector.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No es más que una corazonada, ya te lo he dicho.

—Espero que sea buena...

Poco después, recorrían la calle Hilton.

Cuando llegaron al final de ella, Cara de Pico dijo:

—No he visto ningún «Ford» marrón, Frank...

—Recorreremos las calles paralelas.

Segundos después, recorrían la calle Longwood.

En ella, estacionado frente a la casa señalada con el número 108, encontraron un «Ford» marrón.

La casa era la de Ethel Newman.

Y el «Ford» marrón, el de Burke Stone.

CAPÍTULO IX

—¡Ése es el coche, Lynn! —gritó Frank *Cara de Fala*, respingando sobre el asiento.

—¡Qué suerte haber dado con él, Frank! —exclamó Lynn *Cara de Pico*.

—¿No le dije que tenía la corazonada de que el tipo debía de andar por esta zona?

—¡Eres un tío grande, Frank!

Cara de Pala estacionó el «Chevrolet» a unos metros del «Ford» de Burke Stone y apagó las luces.

—El tipo debe de estar en la casa, Lynn.

—Seguro.

—¿Entramos por él o esperamos a que salga?

—Me parece más conveniente lo segundo, Frank.

—De acuerdo, aguardaremos a que salga.

—¿Y entonces...?

—Sacas tu «*Parabellum*» y le haces un relleno de plomo al rubio.

Cara de Pico rió.

Su compañero también rió.

—Le voy a hacer tantos agujeros que lo van a confundir con una ducha.

Muy poco tiempo después, la puerta de la casa se abría y Burke Stone y Ethel Newman salían de ella.

—¡Ahí tenemos al tipo, Lynn! —advirtió Cara de Pala—. ¡Y lleva el maletín!

—¡Le acompaña una chica! —observó Cara de Pico, sacando su pistola automática.

—Sí, ya lo veo —masculló Frank.

—¿Me la cargo también? —consultó Lynn.

—Qué remedio.

Muy bien, plomo en abundancia para los dos.

Cara de Pico asomó la «*Parabellum*» por la ventanilla y se dispuso a darle al gatillo.

—¡Espera, Lynn! —gritó Cara de Pala.

—¿Qué ocurre? —Respingó su compañero.

—¡Mira, se acerca un coche de la policía!

—¡Maldición! —barbotó Lynn, ocultando rápidamente el arma.

En efecto.

Se aproximaba un coche patrulla.

Circulando a poca velocidad.

Frank y Lynn no tuvieron más remedio que esperar a que pasase por su lado y se alejase lo suficiente para no darse cuenta de cómo asesinaban al rubio y a la bonita chica que le acompañaba.

Pero, mientras tanto, Burke Stone, y Ethel Newman, totalmente ignorantes de que habían estado a un paso de la muerte, alcanzaban el «Ford» y se introducían en él.

Cara de Pala maldijo entre dientes.

—¡Han entrado en el «Ford», Lynn!

—Qué oportuna la aparición del coche de la policía, ¿verdad? —masculló Cara de Pico.

—Ya no es posible acabar con ellos aquí.

—No importa, los liquidaremos en otro sitio. ¡Vamos, sigue al «Ford»! —indicó Lynn, viendo que el coche del agente de seguros se había puesto en marcha.

Frank hizo que el «Chevrolet» arrancara.

—No te acerques demasiado, Frank, o se darán cuenta de que les estamos siguiendo —advirtió Cara de Pico.

Cara de Pala soltó un gruñido.

—¿Es que vas a darme lecciones de cómo se sigue a un coche, Lynn? —repuso, molesto.

—¡Eh!, tampoco es para ponerse así —rezongó su compañero.

Frank no dijo nada más.

Lynn, tampoco.

El «Chevrolet» negro siguió rodando a prudente distancia del «Ford» marrón.

Burke Stone y Ethel Newman no se habían dado cuenta de que estaban siendo seguidos por un «Chevrolet» negro.

—¿Me expone su plan, Ethel? —dijo el agente de La Previsora de Pennsylvania.

La joven tardó unos segundos en responder.

—No tengo ningún plan, Burke —confesó.

Burke la miró, poniendo cara de sorpresa.

—¿Qué no tiene...?

Ella movió la cabeza.

—No, Burke. Lo dije para que me permitiera usted acompañarle.

—De modo que sólo fue un truco, ¿eh?

—Sí.

—Para venir conmigo a la granja.

—Ahí se equivoca.

—¿Que me equivoco? —se desconcertó Burke.

—Totalmente, porque yo no pienso ir con usted a la granja, sino convencerle, mucho antes de llegar a ella, de que lo más sensato es entregar el sobre amarillo a la policía y contárselo todo.

—Entiendo —dijo Burke, e hizo que el «Ford» perdiera velocidad.

Segundos después, lo detenía.

También el «Chevrolet» negro se detuvo, a unos diez metros del «Ford» marrón.

—¡Preparado, Lynn! —indicó Frank *Cara de Pala*—. En cuanto bajen del coche, plomo con ellos.

—*Okay*, Frank —dijo Lynn *Cara de Pico*, asomando ligeramente su «*Parabellum*» por el hueco de la ventanilla.

Burke Stone miró a Ethel Newman.

Ella resistió la mirada sin un pestaño.

—¿Va a hacerme caso de una vez, Burke? —preguntó.

—Bájese del coche, Ethel —ordenó él, seriamente.

—¿Eh?

—Que se baje del coche.

La joven sacudió la cabeza.

—Ni hablar.

—Si no se baja por las buenas, la sacaré yo a empujones —amenazó Burke.

Ella sonrió, desafiante.

—No le creo capaz, Burke.

—*Conque* no, ¿eh? —repuso él, poniéndole una mano en el hombro y la otra en la cadera.

Comenzó a empujar.

—¡Burke! —gritó Ethel, sorprendida.

—Vamos, abajo.

La joven, pegada ya materialmente contra la portezuela del coche, chilló:

—¡Que me está aplastando contra la puerta, Burke!

—Eso tiene fácil solución, Ethel: ábrala y bájese.

—¡No!

—Entonces, la aplastaré como a una sardina.

—¡Pero es que yo no soy una sardina!

—Como no abra la puerta y se baje, pronto lo parecerá.

—¡Es usted un bruto, Burke! —Y usted una mula.

—¿Cómo...? —exclamó Ethel, agrandando los ojos.

Burke carraspeó.

—Más terca que una mula, quise decir.

—¡Me ha llamado mula!

—Por equivocación, ya se lo he dicho.

—¡Es la primera vez que me llaman algo tan feo!

—Ethel, por favor, que yo no quise llamarla eso.

—¡Pero lo hizo!

—Porque me comí un par de palabras. No olvide que estoy sin cenar.

—¡Oh! ¡Y encima se permite hacer chistes!

—Es que a veces me salen sin pensar.

—¡A mí también me van a salir!

—¿Los chistes?

—¡Las tripas por la boca, como no deje usted de empujar!

—Suya será la culpa.

—¿Mía...? ¡Es usted quien empuja, no yo!

—Porque usted me obliga a ello.

—¡Lo que pasa es que usted quiere aprovecharse!

—¿Eh?...

—¡Sí, señor, aprovecharse! ¡Con la excusa de que quiere sacarme a empujones del coche, no me quita las manos de encima!

—No pretenderá que la saque a soplidos.

—¡Sería mucho más elegante!

—Ethel, que usted está delgada, pero no tanto.

En los ojos de la joven hubo un centelleo de furia.

—¿Me está llamando gorda...?

—No, estoy diciendo que está usted delgada, pero no lo suficiente como para poder sacarla del coche a la fuerza de pulmones. De haber sido gaitero, quizá, pero soy un agente de seguros.

—¡Un carota, eso es lo que es usted!

—¿Se baja o la trituro?

—¿Más todavía...?

—Hasta ahora me he limitado a darle unos empujoncitos de nada, pero como no se...

—¡Unos empujoncitos de nada, dice...! ¡Pero si ya debo de tener el cuerpo lleno de cardenales!

Burke sonrió.

—Quién fuera cardenal...

—¡Atrevido!

—Sólo era un piropo, mujer.

—¡No quiero que me piropée un tipo que se ha propuesto aplastarme como si fuera una sardina!

En el interior del «Chevrolet», a Frank *Cara de Pala* y Lynn *Cara de Pico* se les estaba agotando la paciencia.

—¿Por qué no salen del coche? —mascullo el primero de ellos.

—Deben de estar dándose besitos —rezongó su compañero.

—Han tenido tiempo de darse una docena.

—Por lo menos.

—¿Qué te parece si bajamos del coche, nos acercamos al «Ford» del rubio, y los achicharramos allí mismo? —sugirió *Cara de Pala*.

—Es mejor esperar a que salgan, Frank —opinó *Cara de Pico*—. Podrían descubrirnos antes de llegar al «Ford», y eso complicaría las cosas.

—Sí, tienes razón —gruñó Frank—. Esperaremos a que pongan fin al besuqueo y se decidan a bajar del coche.

En el interior del «Ford», Burke Stone seguía empujando a Ethel Newman.

Ella le sacó la lengua, en fea mueca.

—¿Qué hace, burlarse de mí? —se extrañó él.

—¡Yo no me burlo de nadie!

—Entonces, ¿por qué me saca la lengua?

—¡Saco la lengua porque me estoy asfixiando! —chilló la joven.
No era verdad.

Y Burke Stone lo sabía.

Sin embargo, dejó de empujar a la muchacha y empezó a reír.

—¿De qué se ríe usted, si puede saberse? —gritó Ethel, furiosa.

—De lo fea que estaba con la lengua fuera.

—¡Todo el mundo pone la misma cara cuando nota que le falta el aire!

—A usted no le faltaba el aire, embustera.

—¡Claro que me faltaba! ¡Y todavía me sigue faltando! —mintió la joven, y empezó a boquear como un pez, para convencer al agente de seguros.

—Oiga, no irá a morirse, ¿verdad?

—¡Pues a lo mejor!

—Querrá decir a lo peor.

—¡Eso, a lo peor!

—No puedo permitir que se muera usted tan joven, Ethel —dijo Burke, socarrón.

Le pasó un brazo por la espalda y la atrajo hacia sí, casi con brusquedad.

—¡Eh!, ¿qué hace?

—Tratar de salvarla de la muerte —respondió Burke, y acto seguido pegó su boca a la de ella.

Ethel se debatió, pero muy levemente.

Después, se quedó como muerta entre los brazos de Burke Stone, que la estrechaban con fuerza.

El beso duró casi tanto como el discurso de un político en vísperas de elecciones.

Cuando, por fin, Burke se decidió a separar su boca de la de Ethel y la miró, vio que ella tenía los ojos cerrados y una expresión dulce y apacible.

—¿Le sigue faltando aire, Ethel? —preguntó, con ironía.

Ella abrió los ojos y respondió:

—No, creo que no...

—Lo ideal para estos casos es una botella de oxígeno, pero como no tenía ninguna a mano, le practiqué la respiración artificial boca

a boca, que también es muy efectiva.

—Y tan efectiva...

Burke sonrió.

—Me alegro de haberle salvado la vida, Ethel. Ella también sonrió.

—Tiene usted más cara que un hipopótamo, Burke.

—Mucha cara es eso —rió él.

—¿Qué ha decidido hacer conmigo, por fin?

—La verdad es que no lo sé, Ethel. Si no quiere bajarse del coche...

—No, no quiero.

—Ni acompañarme a la granja...

—Ahí se equivoca.

Burke enarcó las cejas, sorprendido.

—Pero si antes dijo que...

—He cambiado de idea, Burke. Iré con usted a la granja.

—Puede ser peligroso, Ethel...

—Lo sé tan bien como usted.

—¿Por qué quiere arriesgarse usted?

Burke se atusó la patilla derecha.

—Bueno, la verdad es que no lo sé exactamente... Me he visto metido en el ajo sin proponérmelo, y ahora creo que tengo el deber, moral al menos, de llegar hasta el final.

—Muy bien, llegaremos juntos. Burke sonrió.

—Es usted una chica muy valiente, Ethel.

—Oh, no, se equivoca.

—¿Otra vez...? Caramba, estoy viendo que esta noche no acierto una.

—Ande, ponga el coche en marcha —rió la joven.

Burke hizo que el «Ford» se pusiera en movimiento.

En el interior del «Chevrolet», Frank *Cara de Pala*, exclamó:

—¡Se largan, Lynn!

—Maldita sea... —masculló Cara de Pico—. ¿Por qué diablos se detendrían aquí, si no pensaban bajar?

Su compañero lanzó una imprecación al tiempo que ponía en marcha el motor del «Chevrolet».

Éste siguió al «Ford».

Algunos minutos después, Burke Stone, con los ojos fijos en el

espejo retrovisor, murmuró:

—Ethel...

—¿Qué?

—Creo que nos sigue un coche.

La joven dio un respingo y volvió la cabeza inmediatamente.

—¿Que nos sigue un coche?...

—El «Chevrolet» negro —indicó el agente de seguros.

—¿Esta seguro, Burke? —inquirió Ethel, nerviosamente.

—No, pero vamos a salir de dudas enseguida.

Burke piso el acelerador.

El «chevrolet negro» también aumento su velocidad.

—Ahora ya sabemos que nos siguen Ethel —dijo Burke, y aumento la presión que su pie ejercía sobre el pedal del acelerador.

CAPÍTULO X

El «Ford» de Burke Stone alcanzó una velocidad realmente vertiginosa.

El «Chevrolet» negro también parecía volar sobre el asfalto.

Estaban ya en la Carretera 64, no demasiado ancha, y solitaria.

Circular por ella, a semejante velocidad, era verdaderamente temerario, pues tenía muchas curvas, y algunas de ellas, muy cerradas.

—¡Burke! —gritó Ethel Newman, con el rostro falto de color.

—¿Qué?

—¡Nos vamos a estrellar!

—¡Tranquila, Ethel! ¡Soy un conductor de primera!

—¡Los conductores de primera también se matan!

—¡Confíe en mí, Ethel! ¡Nicky Lauda, a mi lado, es un conductor de patinetes!

—¡Cuidado con esa curva...!

—¡Qué ya la había visto, mujer!

El «Ford» tomó la curva como un borrachín su copa de *whisky*.

Que fue un acto visto y no visto, vamos.

Ethel Newman se vio lanzada contra Burke Stone, al que se abrazó instintivamente, exclamando:

—¡Oh!

Burke, sin dejar de prestar atención a la peligrosa carretera, dijo:

—Ethel, me complace enormemente que se muestre usted tan cariñosa conmigo, pero ¿no cree que no es el momento más oportuno...?

—¡No sea usted presuntuoso, Burke! —dijo ella, separándose inmediatamente de él—. Me abracé a usted porque me lanzó el impulso de la curva.

—Qué desilusión —suspiró el agente de La Previsora de Pennsylvania.

—¡Cuidado, otra curva...! —chillo Ethel.

—Ya estoy deseando tomarla —sonrió Burke.

Y la tomó.

A velocidad de vértigo, como la anterior.

Ethel Newman se vio lanzada de nuevo sobre el agente de seguros.

—¡Oh! —gritó, abrazándose otra vez a él.

—No sabe cómo lamento tener las manos ocupadas, Ethel —dijo Burke, sonriendo.

La joven se soltó de él al instante.

—¡Fresco!

—Mujer...

—¡Haga el favor de tomar las curvas a menos velocidad, Burke! —pidió Ethel, furiosa—. No quiero verme a cada dos por tres encima de usted.

—Si reduzco la velocidad, el «Chevrolet» negro nos alcanzará.

—Si sigue usted tomando las curvas de esta forma tan suicida, el «Chevrolet» negro nos alcanzará de todos modos, ¡pero hechos pedazos!

—Le repito que soy un magnífico conductor. Ethel.

—¡Un loco al volante, eso es lo que es usted!

—Agárrese fuerte, que viene otra curva.

—¿Que me agarre...? ¿De dónde?

—De donde pueda.

El «Ford» ya estaba tomando la curva, sin haber reducido un ápice su velocidad.

Ethel Newman, que no encontró de dónde cogerse, se vio nuevamente encima del agente de seguros, al cual se cogió, dando un grito.

—Caramba, Ethel, estoy viendo que no puede usted estarse dos minutos seguidos lejos de mí... —dijo Burke, socarronamente.

—¡Muérase! —gritó ella, enfurecida, y separóse de él.

—Si quiere un consejo, no se separe de mí la próxima vez que se vea lanzada.

—¡Eso quisiera usted!

—Sólo trato de evitar que parezca usted una pelota de

ping-pong

, continuamente rebotando de un lado a otro.

—¡Usted tiene la culpa de que parezca una pelota de

ping-pong

!

—Yo, no, Ethel; las circunstancias.

—¡Le divierte a usted lo que está sucediendo, no lo niegue!

—¿Cómo va a divertirme el que un coche se esté esforzando por darnos alcance, sabiendo, además, que quienes viajan en él quieren enviarnos al otro mundo y apoderarse del sobre amarillo?

La joven se mordió el labio inferior, nerviosamente.

—¿Cree que se trata de los dos tipos que perseguían al agente secreto con el nombre clave de Robert Redford?

—Apostaría a que sí.

—Pobre agente... —murmuró Ethel.

—Y pobres de nosotros, como nos den alcance...

—Espero que no.

—Curva a la vista, Ethel —advirtió Burke.

—¡Ay! —gimió la joven, adivinando lo que iba a pasar.

En efecto.

Como en las ocasiones anteriores, Ethel Newman se vio impulsada hacia Burke Stone.

Esta vez, sin embargo, en lugar de separarse de él inmediatamente, continuó abrazada.

—Creo que voy a seguir su consejo, Burke.

—¿De no separarse de mí?

—Sí.

—Me alegro.

—Pero las manos quietas, ¿eh?

—Seguirán pegadas al volante, no se preocupe.

En el interior del «Chevrolet» negro, Lynn *Cara de Pico* rezongó:

—Ese condenado conduce bien.

—Demasiado bien —masculló Frank *Cara de Pala*.

—¿Por qué habrá tomado esta carretera tan solitaria?

—Creo adivinarlo, Lynn. El agente secreto, al verse herido, y acosado por nosotros, debió telefonar al rucio y pedirle que llevara el sobre al lugar donde debía llevarlo él.

—Me parece que estás en lo cierto, Frank.

—Si el «Ford» sigue corriendo así, jamás lo alcanzaremos.

—¿Qué te parece si disparo sobre una de sus ruedas traseras?

—¡No! —exclamó Cara de Pala.

—¿Por qué?

—A esa velocidad, el coche volcaría con toda seguridad, y pronto se convertiría en una antorcha.

—Entiendo. No podemos correr el riesgo de que el maletín arda, con el sobre amarillo dentro.

—Exacto. Por eso no tenemos más remedio que... ¡Mira, han tomado el camino de la izquierda!

En efecto.

El «Ford» había dado un brusco viraje hacia su izquierda, introduciéndose en el camino que, a la altura del kilómetro 336, había en la Carretera 64.

Ethel Newman inquirió:

—¿Es éste el camino que conduce a la granja, Burke?

—Sí, tiene que serlo —respondió el agente de seguros—. Espero que demos pronto con ella, y Burt Reynolds nos libre de los tipos que viajan en el «Chevrolet» negro, porque si no...

—Burke...

—¿Qué?

—¿Y si no es el agente secreto quien espera en la granja?

—Entonces, sucederá que, huyendo del fuego, habremos caído en las llamas...

—¿Sabe una cosa, Burke?

—¿Qué?

—Hasta hoy no había sabido lo que es tener miedo de verdad...

—También yo estoy que la camisa no me llega al cuerpo, no crea.

—Pues lo disimula muy bien.

—Porque estoy en presencia de una mujer, y en estos casos, a los hombres nos gusta presumir de valentones.

—¡Mire allí, Burke!

—¡La granja!

—¡Parece abandonada! —observó Ethel.

—¡Es verdad! No se ven gallinas, ni patos, ni pavos, ni nada...

—¡Tampoco se ve por ninguna parte el agente secreto!...

—Debe de estar escondido.

—¡O muerto!

—Si es así, pronto le haremos compañía —rezongó Burke, por lo bajo.

—¿Qué le parece si pasamos de largo? —sugirió Ethel, aterrada.

—No, Ethel, voy a parar y a bajar. Usted, si quiere, continúe con el coche.

—¡Si usted se queda, yo también!

—Muy bien. En cuanto detenga el coche, nos bajaremos inmediatamente y correremos hacia la puerta de la casa.

—¿Y si está cerrada con llave?

—Usted siempre dando facilidades, ¿eh? —repuso Burke, con ironía.

—Bueno, yo...

—No se preocupe. Si la puerta está cerrada con liar ve, la derribaremos.

—¿Cree que podrá?

—¡Seguro! En casos como éste, uno se convierte en un elefante de la India y podría derribar hasta un muro de una patada.

Ya habían llegado a la granja.

Burke paró el coche, atrapó el maletín y gritó:

—¡Abajo, Ethel!

Salieron los dos con toda rapidez del coche.

Corrieron hacia la puerta de la casa.

No estaba cerrada con llave.

Burke y Ethel se introdujeron en la casa.

Las luces estaban apagadas, pero como la noche era clara y las ventanas permanecían abiertas, por ellas se filtraba la claridad suficiente para poder ver el interior de la casa.

Y al hombre que había en ella.

De pie.

Pegado a la pared. Junto a una de las ventanas. Empuñaba una pistola automática. Apuntaba con ella a Burke y Ethel. Éstos se habían quedado quietos al ver al tipo. Por un momento, pensaron que iba a disparar sobre ellos.

A convertirlos en dos coladores.

El tipo, sin embargo, no apretó el gatillo.

—¿Quiénes son ustedes? —interrogó, con metálica voz.

—¿Burt Reynolds? —inquirió Burke a su vez.

Los ojos del tipo brillaron agudamente en la penumbra.

—¿Tony Curtis? —preguntó.

—No, pero él me envía —respondió rápidamente Burke—. Aquí, en este maletín, traigo el sobre amarillo que usted esperaba. Luego le explicaré por qué no ha podido traérselo Tony Curtís, porque ahora...

Burke Stone se interrumpió al oír cómo se detenía cerca de la casa el «Chevrolet» negro.

El agente secreto con su nombre clave de Burt Reynolds miró a través de la ventana.

—¿Quiénes son? —inquirió.

—Los tipos que perseguían a Robert Redford, creo —respondió Burke—. Me temo que acabaron con él, y ahora quieren acabar también con nosotros. Y con usted, como no ande listo.

El agente apretó los dientes con rabia.

—Tony Curtis ha muerto también, ¿verdad? —Adivinó, sin dejar de observar por la ventana.

—Sí, también ha sido asesinado.

—¿Por los tipos del «Chevrolet»?

—No, por otro individuo que creo no conocía a estos dos fulanos.

—Hay mucha gente interesada en conseguir el sobre amarillo —masculló el miembro del Servicio Secreto—. Esta tarde me vi obligado a liquidar a dos tipos que pretendían hacer lo propio conmigo y esperar al agente con el nombre clave da Tony Curtis, para liquidarlo también y hacerse con el sobre.

—Menos mal que pudo usted con ellos, Reynolds —suspiró Burke—. De no haber sido así, nosotros dos estaríamos ahora muertos.

—Seguro.

—¿Podrá también con los tipos del «Chevrolet»? —Con su ayuda, no me cabe la menor duda—. ¿Con mi ayuda?... —Respingó Burke, mirando a Ethel Newman, que se había cogido de su brazo. Ella también le miró.

—Así seremos dos contra dos —dijo el agente—. Vamos, saque su arma y cubra la otra ventana —indicó.

—Yo no tengo ningún arma, Reynolds... —Hizo saber Burke.

El agente secreto le miró.

—¿Que estupidez está diciendo?

—Quizá le parezca a usted una estupidez, pero es la verdad, no llevo arma alguna. Sólo soy un agente de seguros, y los agentes de seguros no llevamos armas...

El agente secreto entornó los ojos.

—¿Un agente de seguros?...

—Sí, señor —cabeceó Burke—. Burke Stone, para servirle, de La Previsora de Pennsylvania.

—¿Y cómo se le ocurrió a Tony Curtis confiarle a usted algo tan importante sabiendo qué...?

—No tenía nadie más a mano, por eso me lo confió a mí. Lo mismo le pasó a Robert Redford.

El agente rezongó algo que Burke no entendió.

—¿Decía...? —inquirió éste.

—No decía nada —gruñó el agente secreto.

—Siento no poder ayudarle, Reynolds... Si la cosa tuviese que arreglarse a puñetazos, con mucho gusto me uniría a usted en la pelea, pero si se tiene que solucionar a tiros...

—Pónganse los dos junto a la pared, agáchense, y no se muevan —indicó el agente—. Los tipos ya se han decidido a salir del «Chevrolet».

Burke y Ethel obedecieron.

Desde allí, vieron cómo el miembro del Servicio Secreto asomaba el cañón de su arma por un lado de la ventana, algunos de cuyos cristales estaban rotos, y efectuaba un par de disparos.

La respuesta de Cara de Pala y Cara de Pico, no se hizo esperar.

El agente secreto se retiró rápidamente de la ventana, para no ser alcanzado por las balas de sus enemigos, que destrozaron los pocos cristales que quedaban enteros.

Cuando lo creyó oportuno, asomó de nuevo su arma y le dio al gatillo.

Se escuchó un alarido de muerte.

Había brotado de la garganta de Lynn *Cara de Pico*, quien cayó al suelo con un plomo en el pecho, incrustado muy cerca del corazón.

Burke Stone adivinó que el agente secreto acababa de eliminar a uno de los tipos y murmuró:

—La cosa ya no está tan difícil, Ethel.

Cierto.

Sin embargo, pronto se puso nuevamente difícil. Mucho más que antes.

Una de las balas enviadas por Frank *Cara de Pala* había alcanzado al agente secreto, el cual cayó al suelo como fulminado por un rayo.

—¡Burke! —chilló Ethel Newman, con los ojos desorbitados.

—¡Se han cargado al agente! —exclamó Burke Stone.

—¡Estamos perdidos, Burke!

—¡Todavía no, Ethel! —repuso el agente de seguros, gateando con rapidez hacia donde yacía el otro agente, el del Servicio Secreto.

Atrapó el arma, decidido a defender con ella su vida y la de Ethel Newman.

En aquel momento se abrió violentamente la puerta y Frank *Cara de Pala* irrumpió en la casa, pistola en mano.

Ethel chilló histéricamente.

Cara de Pala, al ver que el agente de La Previsora de Pennsylvania, había tomado el arma del miembro del Servicio Secreto, quiso accionar el gatillo de la suya y mandarlo al otro mundo.

Burke Stone se le anticipó.

Disparó dos veces.

Ambos plomos se alojaron en la caja torácica del fulano.

Frank *Cara de Pala* pegó un aullido y se fue al suelo, donde quedó inmóvil, boca abajo.

—¡Burke! —gritó Ethel Newman, corriendo hacia él.

Burke Stone se irguió y recibió entre sus brazos a la joven, que se abrazó a él fuertemente.

—Tranquilícese, Ethel —dijo, oprimiéndola contra sí.

—¡Ha sido horrible!

—Ya pasó todo, sérénese.

De pronto, se escuchó un gemido.

Burke y Ethel respingaron.

Miraron rápidamente al fulano de la cara ancha y hundida.

Pero el gemido no lo había emitido él, sino el agente secreto, quien emitió otro, al tiempo que movía la cabeza.

—¡El agente sigue vivo, Ethel! —exclamó Burke.

—¡Sí! —dijo ella, tan sorprendida, como el agente de seguros.

Burke se arrodilló junto al agente secreto. En efecto.

La bala de Frank *Cara de Pala* sólo le había rozado la sien derecha, causándole una leve herida, que, no obstante, le había privado del sentido durante un par de minutos.

Ayudado por Burke, el agente secreto se puso en pie.

—He tenido suerte —murmuró, tocándose la sien—. Un par de centímetros más hacia adentro, y ahora sería cadáver...

Burke dio un hondo suspiro.

—No sabe usted cómo me alegro de que su herida no revista ninguna gravedad —dijo, devolviéndole la pistola automática.

El agente se fijó en el cadáver de Frank *Cara de Pala*.

—Tiene usted buena puntería, Burke —comentó, en tanto se guardaba el arma.

—No tuve más remedio que disparar, Reynolds. El tipo iba a hacerlo sobre mí...

El agente secreto sonrió.

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio, Burke? Estoy deseando saber cómo diablos se metió usted en esto.

Burke se lo refirió con todo detalle.

—Tiene usted valor, Burke, no hay duda —dijo el agente.

—Gracias.

—Tampoco yo puedo decirle lo que contiene el sobre amarillo.

—¡Ni ganas! —exclamó Burke, sonriendo—. Después de lo ocurrido, no podría dormir tranquilo si supiese lo que guarda el sobre.

—Ni yo —dijo Ethel Newman.

—Lo comprendo perfectamente.

—Bien, nosotros nos vamos, Reynolds —dijo Burke. ¿Usted se queda en la granja?

—Sí. Una avioneta vendrá a recogerme a las doce en punto y me llevará a Washington, fin de trayecto del sobre amarillo.

—¿Será de confianza el piloto de la avioneta?

—Espere que sí.

—Mire que en esto no puede fiarse uno ni de su propia sombra...

—El piloto es también un agente secreto. —¿Rock Hudson, por casualidad? El agente sonrió.

—No, no es ésa el nombre clave que utiliza en esta misión, sino... Lo siento, Burke, pero tampoco puedo decírselo.

—Oh, no se preocupe, no me muero de interés por saberlo —sonrió también Burke Stone—. Lo mismo me da que se llame Frank Sinatra, que Dean Martin o que Paul Newman. Vamos, Ethel.

El agente secreto tendió su mano al joven rubio.

—Gracias por todo lo que ha hecho, Burke.

Éste se la estrechó.

—Suerte. Reynolds.

—Granas.

Burke Stone y Ethel Newman salieron de la casa, subieron rápidamente al «Ford» y emprendieron el regreso a la ciudad.

EPÍLOGO

—¡Qué espanto! —exclamó Jessica Birney, cuando Burke y Ethel acabaron de relatarle lo sucedido en la granja.

—Sí, tía Jessica, fue horrible —dijo la joven.

—Menos mal que al final, como en las películas, ganaron los buenos —comentó Burke, que tenía en la mano un vaso con una doble ración de vodka.

Se lo acercó a los labios e ingirió un trago.

—Cuando yo digo que desciende de cosacos... —murmuró Jessica Birney.

Ethel se apresuró a toser, ahogando así las palabras de su tía.

—Burke... —dijo la joven.

—¿Sí, Ethel?

—¿No se molestará si le digo una cosa?

—Seguro que no —sonrió él.

—Se me han ido las ganas de salir a cenar por ahí esta noche.

—También a mí, lo confieso. Lo sucedido en la granja...

—¿Lo dejamos para mañana, entonces?

—Sí, será lo mejor.

—Tía Jessica, ¿quieres preparar unos emparedados? Burke debe de tener apetito.

—Oh, por mí no se molesten —dijo Burke—. Ya tomaré algo en algún bar, no se preocupen.

—No es molestia, Burke —sonrió Jessica Birney, levantándose del sofá—. En unos minutos estarán listos.

Salió de la sala de estar.

Burke miró a Ethel y dijo:

—Supongo que me acompañará usted, ¿verdad?

—¿Adonde?

—Con los emparedados. Si usted no se come ninguno, yo tampoco. Ella sonrió.

—Sí, le acompañaré. También yo tengo apetito.

—Ethel...

—¿Qué?

—¿Le he dicho ya que es usted una joven preciosa?

—No. Sólo dijo que estaba preciosa con este vestido.

—Pues ahora digo que lo estaría también sin él.

—¡Burke, no sea atrevido!

—Y usted no sea mal pensada. Yo me refería a que, con otro vestido cualquiera, también estaría usted preciosa, no a que lo estuviese en ropa interior. Aunque, ¡qué diablos!, así también debe de estar usted estupenda.

—Burke, por favor... —rogó Ethel, ruborizándose ligeramente.

Burke Stone dejó el vaso sobre la mesa y abarcó a la joven por la cintura.

—¡Oiga!, ¿qué hace? —exclamó ella, sorprendida—. Quiero verla en ropa interior, Ethel.

—¿A que le suelto una bofetada?

—¿Por qué?

—¡Porque a mí, en ropa interior, sólo podrá verme mi marido!

—Ahí es donde yo quería llegar, Ethel.

La joven abrió la boca, perpleja.

—¡Burke! ¿Me está proponiendo usted...?

—Sí, se lo estoy proponiendo. ¿Qué me responde?

—Bueno..., así de pronto..., no sé...

—Bien, mientras se lo piensa... —dijo Burke, y la besó en los labios.

Tras unos segundos de indecisión, ella le cercó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso.

Cuando éste concluyó, Burke preguntó:

—¿Lo ha decidido ya, Ethel?

La joven le sonrió maravillosamente.

—Sí, lo he decidido ya.

—¿Y bien...?

—Acepto, Burke.

Volviéron a besarse, con mucha pasión.

Así los pilló Jessica Birney cuando regresó con los emparedados.

—¡Jesús! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Menudo beso se están dando...

Ni enterarse.

Como, al parecer, ni Burke ni Ethel habían advertido su presencia, Jessica emitió un carraspeo.

Nada.

Ahora, en lugar de carraspear, Jessica tosió.

—¡Ejem! ¡Ejem! ¡Ejem!

Nada tampoco.

«¡Estos están en la Luna!», pensó Jessica Birney.

Irritada, dio una patadita en el suelo y gritó:

—¡Los emparedados están listos, Ethel!

La joven separó sus labios de los de Burke Stone, apenas un par de centímetros, y sin dejar de mirar al agente de La Previsora de Pennsylvania, dijo suavemente:

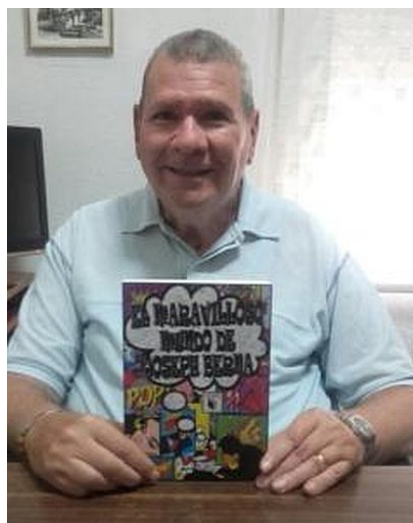
—Cómetelos tú, tía.

—Sí, cómaselos usted, Jessica —dijo Burke, sin apartar los ojos de la que muy pronto iba a ser su esposa.

Seguidamente, volvieron a unir sus bocas en un apretado beso.

—¡Cuando yo digo que la juventud está perdida! —exclamó Jessica Birney, marchándose con los emparedados.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».